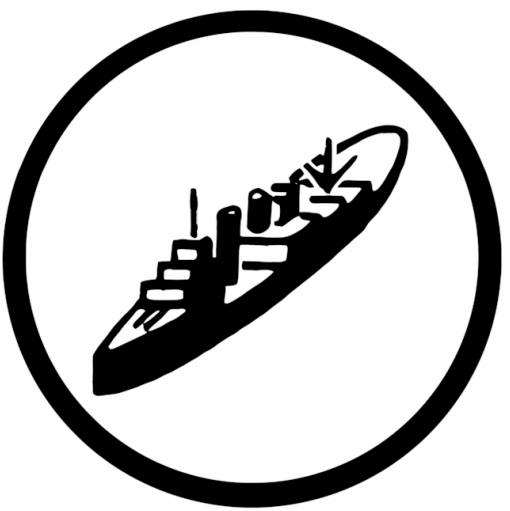
LA COMUNA KRONSTADT

Ida Mett



"La Commune de Cronstadt"

Ida Mett

Primera edición Paris 1938.

Para la traducción se utilizó la edición de www.marxists.org

Ningún derecho reservado

Incentivamos a piratear.

LA COMUNA KRONSTADT

Ida Mett

Contenido

Introducción a la edición francesa..... 7
Antecedentes de la insurrección de Kronstadt..... 10
Petrogrado en vísperas de Kronstadt..... 15
Análisis del Programa de Kronstadt..... 21
Reuniones masivas y calumnias bolcheviques..... 25
El Comité Provisional..... 27
Calumnias bolcheviques..... 30
Efectos sobre las bases del Partido..... 33
Amenazas y sobornos..... 39
Apoyo en Petrogrado..... 42
Primeras escaramuzas..... 43
Desmoralización en el Ejército Rojo..... 45
Reorganización..... 48
El asalto final..... 50
El balance..... 52
Lo que se decía en aquel momento..... 54
Los anarquistas..... 55
Los mencheviques..... 59
Los socialistas revolucionarios de derecha..... 62
Los socialistas revolucionarios de izquierda..... 66
Las opiniones de Lenin..... 67
El testimonio de Petrichenko..... 70

Kronstadt: último levantamiento de los soviets..... 75
Las acusaciones de Trotsky..... 76
Las interpretaciones bolcheviques..... 82
La opinión de Rosa Luxemburg 86
Una tercera revolución soviética 88

Introducción a la edición francesa.

Parece que ha llegado el momento de tratar de comprender mejor Kronstadt, aunque no hayan surgido nuevos datos desde 1921. Los archivos del Gobierno ruso y del Ejército Rojo siguen estando cerrados a cualquier tipo de análisis objetivo. Sin embargo, algunas declaraciones en publicaciones oficiales parecen reflejar algunos de estos acontecimientos, aunque de forma distorsionada. Pero lo que se sabía en aquel momento ya era suficiente para comprender la situación política de este episodio sintomático y crucial de la Revolución Rusa.

Los militantes de la clase obrera en Occidente tenían una confianza absoluta en el Gobierno bolchevique, que acababa de encabezar un inmenso esfuerzo de contra la reacción feudal y burguesa. A los ojos de estos trabajadores, encarnaba la propia Revolución. La gente no podía creer que ese mismo Gobierno pudiera haber reprimido cruelmente una insurrección revolucionaria. Por eso a los bolcheviques les resultó fácil tachar al movimiento (de Kronstadt) de reaccionario y denunciarlo como organizado y apoyado por las burguesías rusa y europea. «Una insurrección de generales blancos, con el exgeneral Kozlovski a la cabeza», proclamaban los periódicos de la época. Mientras tanto, los marineros de Kronstadt transmitían el siguiente llamamiento al mundo entero: «Camaradas trabajadores, soldados y marineros rojos. Defendemos el poder de los soviets y no el de los partidos. Estamos a favor de la libre representación de

todos los que trabajan. Compañeros, os están engañando. En Kronstadt todo el poder está en manos de los marineros revolucionarios, los soldados rojos y los trabajadores. No está en manos del Ejercito Blanco, supuestamente encabezada por un tal general Kozlovsky, como os dice la Radio de Moscú».

Tales eran las interpretaciones contradictorias de los marineros de Kronstadt y del Gobierno del Kremlin. Como deseamos servir a los intereses vitales de la clase obrera mediante un análisis objetivo de los acontecimientos históricos, nos proponemos examinar estas tesis contradictorias a la luz de los hechos y los documentos, y de los acontecimientos que siguieron casi inmediatamente a la aplastante derrota de Kronstadt.

«Los trabajadores del mundo nos juzgarán», dijeron los kronstadtianos en su emisión.

«La sangre de los inocentes caerá sobre las cabezas de aquellos que se han embriagado con el poder». ¿Era una profecía?

He aquí una lista de comunistas destacados que participaron activamente en la represión de la insurrección. Los lectores verán cuál fue su destino:

ZINOVIEV: dictador omnipotente de Petrogrado. Inspiró la lucha implacable contra los huelguistas y los marineros. FUSILADO.

TROTSKY: Comisario del Pueblo para la Guerra y la Marina. ASESINADO por un

agente estalinista en México.

LASHEVICH: miembro del Comité Revolucionario de

Guerra, miembro del Comité de Defensa

organizado para luchar contra los huelguistas de Petrogrado. Se SUICIDÓ.

DYBENKO: marinero veterano. Antes de octubre, uno de los organizadores del Comité Central de la Flota del Báltico. Desempeñó un papel especialmente activo en la represión militar de Kronstadt. En 1938 seguía siendo comandante de guarnición en la región de Petrogrado. FUSILADO.

KUZMIN: comisario de la Flota del Báltico. Paradero desconocido. Nunca más se volvió a hablar de él. KALININ: permaneció en el poder nominal como «presidente». Murió de «muerte natural».

TUKHACHEVSKY: elaboró el plan y dirigió el asalto a Kronstadt. FUSILADO.

PUTNA: condecorado por su participación en la represión militar de Kronstadt, posteriormente agregado militar en Londres. FUSILADOS

Delegados del X Congreso del Partido, que acudieron a luchar contra Kronstadt:

PYATAKOV: fusilado

RUKHIMOVICH: fusilado

BUBNOV: destituido y desaparecido

ZATONSKY: destituido y desaparecido.

VOROSHILOV: siguió desempeñando un papel durante la guerra de 1941-45 (más tarde presidente del Presidium).

Ida Mett: París, octubre de 1948.

Antecedentes de la insurrección de Kronstadt

La insurrección de Kronstadt estalló tres meses después de la conclusión de la guerra civil en el frente europeo. Cuando la guerra civil llegaba a su victorioso final, las masas trabajadoras de Rusia se encontraban en un estado de hambruna crónica. Además, estaban cada vez más dominadas por un régimen despiadado, gobernado por un partido único. La generación que había hecho la Revolución de Octubre aún recordaba la promesa de la revolución social y las esperanzas que tenían de construir un nuevo tipo de sociedad.

Esta generación había constituido un sector muy notable de la clase obrera. Había abandonado a regañadientes sus demandas de igualdad y libertad real, creyendo que eran, si no incompatibles con la guerra, al menos difíciles de lograr en condiciones de guerra. Pero una vez asegurada la victoria, los trabajadores de las ciudades, los marineros, los hombres del Ejército Rojo[1] y los campesinos, todos aquellos que habían derramado su sangre durante la Guerra Civil, no veían ya ninguna justificación para sus penurias y su ciega sumisión a una disciplina feroz. Aunque estas pudieran haber tenido alguna razón de ser en tiempos de guerra, tales razones ya no eran válidas.

Mientras muchos luchaban en el frente, otros —los que disfrutaban de posiciones dominantes en el aparato estatal— consolidaban su poder y se alejaban cada vez más de los trabajadores. La burocracia ya estaba adquiriendo pro-

porciones alarmantes. La maquinaria estatal estaba en manos de un único partido, cada vez más impregnado de elementos arribistas. Un trabajador no afiliado al partido valía menos, en la escala de la vida cotidiana, que un ex burgués o noble que se hubiera unido tardíamente al partido. La crítica libre ya no existía. Cualquier miembro del partido podía denunciar como «contrarrevolucionario» a cualquier trabajador que simplemente defendiera sus derechos de clase y su dignidad como trabajador.

La producción industrial y agrícola estaba disminuyendo rápidamente. Prácticamente no había materias primas para las fábricas. La maquinaria estaba desgastada y descuidada. La principal preocupación del proletariado era la amarga lucha contra el hambre. Los robos en las fábricas se habían convertido en una especie de compensación por un trabajo miserablemente remunerado.

Estos robos continuaban a pesar de los repetidos registros realizados por la Cheka[2] en las puertas de las fábricas.

Los trabajadores que aún tenían conexiones con el campo iban allí a intercambiar ropa vieja, fósforos o sal a cambio de alimentos. Los trenes iban repletos de gente así (los Mechotchniki). A pesar de mil dificultades, intentaban llevar alimentos a las ciudades hambrientas. La ira de la clase obrera estallaba repetidamente, cuando las milicias confiscaban las escasas cargas de harina o papas que los trabajadores llevaban a sus espaldas para evitar que sus hijos murieran de hambre.

Los campesinos estaban sometidos a requisas obligatorias. Sembraron menos, a pesar del peligro de hambruna que ahora se derivaba de las malas cosechas. Que ahora se hacían habituales. En condiciones normales, estas cosechas

no tenían automáticamente efectos tan desastrosos. Las áreas cultivadas eran más extensas y los campesinos solían reservar algo para tiempos más difíciles.

La situación que precedió al levantamiento de Kronstadt puede resumirse como una fantástica discrepancia entre las promesas y los logros. Había duras dificultades económicas. Pero igual de importante era el hecho de que la generación en cuestión no había olvidado el significado de los derechos por los que había luchado durante la Revolución. Esto proporcionó el verdadero trasfondo psicológico del levantamiento.

El Ejército Rojo tenía sus propios problemas. Desde la paz de Brest-Litovsk, el Gobierno había emprendido una reorganización completa de las fuerzas armadas basada en una disciplina rígida, una disciplina totalmente incompatible con el antiguo principio de elección de los oficiales por parte de los soldados. Se había introducido toda una estructura jerárquica. Esto había sofocado gradualmente las tendencias democráticas que habían prevalecido al inicio de la Revolución. Por razones puramente técnicas, esa reorganización no había sido posible en la Armada, donde las tradiciones revolucionarias tenían fuertes raíces. La mayoría de los oficiales navales se habían pasado al bando del Ejercito Blanco,[3] y los marineros aún conservaban muchos de los derechos democráticos que habían conquistado en 1917. No había sido posible desmantelar completamente sus organizaciones.

Esta situación contrastaba notablemente con la que se vivía en el resto de las fuerzas armadas. No podía durar. Las diferencias entre los marineros rasos y el alto mando de las fuerzas armadas aumentaban constantemente. Con el fin

de la Guerra Civil en la Rusia europea, estas diferencias se volvieron explosivas.

El descontento era generalizado, no solo entre los marineros que no pertenecían al partido, sino también entre los marineros comunistas. Los intentos de «disciplinar» a la flota introduciendo «costumbres militares» se encontraron con una fuerte resistencia a partir de 1920. Zef, un destacado miembro del partido y del Comité Revolucionario de Guerra de la Flota del Báltico, fue denunciado oficialmente por los marineros comunistas por su «actitud dictatorial». La enorme brecha que se estaba creando entre las bases y la dirección se puso de manifiesto durante las elecciones al VIII Congreso de los Soviets, celebrado en diciembre de 1920. En la base naval de Petrogrado, un gran número de marineros abandonó ruidosamente la reunión electoral, protestando abiertamente contra el envío como delegados oficiales de personas del Politotdiel y del Comflot (es decir, de las mismas organizaciones que monopolizaban el control político de la Armada).

El 15 de febrero de 1921 se reunió la Segunda Conferencia de Marineros Comunistas de la Flota del Báltico. En ella se reunieron 300 delegados que votaron a favor de las siguientes resoluciones:

Esta Segunda Conferencia de Marineros Comunistas condena la labor de Poubalt (Sección Política de la Flota del Báltico).

1. Poubalt no solo se ha separado de las masas, sino también de los funcionarios activos. Se ha transformado en un órgano burocrático que no goza de autoridad entre los marineros.

2. Hay una ausencia total de plan o método en el trabajo de Poubalt. También hay una falta de acuerdo entre sus acciones y las resoluciones adoptadas en el IX Congreso del Partido.

3. Poubalt, al haberse separado totalmente de las masas del Partido, ha destruido toda iniciativa local. Ha transformado todo el trabajo político en papeleo. Esto ha tenido repercusiones perjudiciales en la organización de las masas de la Flota. Entre junio y noviembre del año pasado, el 20 % de los marineros miembros del Partido abandonaron el Partido. Esto se explica por los métodos erróneos del trabajo de Poubalt.

4. La causa hay que buscarla en los propios principios de la organización de Poubalt. Estos principios deben cambiarse en el sentido de una mayor democracia.

Varios delegados exigieron en sus discursos la abolición total de las «secciones políticas» en la Armada, una exigencia que volveremos a encontrar expresada en las resoluciones de los marineros durante el levantamiento de Kronstadt. Este era el estado de ánimo en el que se desarrolló la famosa discusión sobre la cuestión sindical que precedió al X Congreso del Partido.

En los documentos de la época se percibe claramente la voluntad de ciertos líderes bolcheviques (entre ellos Trotsky) no solo de ignorar el gran descontento que afectaba a los trabajadores y a todos los que habían luchado en el período anterior, sino también de aplicar métodos militares a los problemas de la vida cotidiana, en particular a la industria y a los sindicatos.

En estas acaloradas discusiones, los marineros de la Flota del Báltico adoptaron un punto de vista muy diferente al de Trotsky. En las elecciones al X Congreso del Partido, la Flota del Báltico votó de forma unánime en contra de sus líderes: Trotsky, comisario del pueblo para la Guerra (bajo cuya autoridad se encontraba la Armada), y Raskolnikov, jefe de la Flota del Báltico. Aun cuando estaban de acuerdo en la cuestión sindical.

Los marineros trataron de protestar contra la situación que se estaba desarrollando abandonando el partido en masa. Según la información divulgada por Sorine, comisario de Petrogrado, solo en enero de 1921 abandonaron el partido 5,000 marineros.

No hay duda de que el debate que se estaba produciendo en el partido en ese momento tuvo profundos efectos en las masas. Desbordó los estrechos límites que el partido trataba de imponerle. Se extendió a toda la clase obrera, a los soldados y a los marineros. Las acaloradas críticas locales actuaron como un catalizador general. El proletariado había razonado de forma bastante lógica: si se permitía el debate y la crítica a los miembros del partido, ¿por qué no se permitía a las propias masas, que habían soportado todas las penurias de la guerra civil, disfrutar de estos beneficios?

En su discurso ante el X Congreso, publicado en las Actas del Congreso, Lenin expresó su pesar por haber «permitido» tal discusión. «Sin duda hemos cometido un error», dijo, «al autorizar este debate. Tal discusión era perjudicial justo antes de los meses de primavera, que se presentarían cargados de tantas dificultades».

Petrogrado en vísperas de Kronstadt

A pesar de que la población de Petrogrado se había reducido en dos tercios, el invierno de 1920-21 resultó ser especialmente duro.

Los alimentos escaseaban en la ciudad desde febrero de 1917 y la situación se había deteriorado mes a mes. La ciudad siempre había dependido de los alimentos traídos de otras partes del país. Durante la Revolución, la economía rural estaba en crisis en muchas de estas regiones. El campo solo podía alimentar a la capital en muy pequeña medida. El estado catastrófico de los ferrocarriles empeoró aún más las cosas. Los antagonismos cada vez mayores entre la ciudad y el campo crearon más dificultades en todas partes.

A estos factores, en parte inevitables, hay que añadir la degeneración burocrática de la administración y la rapacidad de los órganos estatales encargados del abastecimiento de alimentos. Su papel en la alimentación de la población fue, de hecho, negativo. Si la población de Petrogrado no murió de hambre durante este periodo, fue sobre todo gracias a su propia capacidad de adaptación e iniciativa. ¡Conseguía alimentos donde podía!

El trueque se practicaba a gran escala. Todavía se podían conseguir algunos alimentos en el campo, a pesar de la menor superficie cultivada. Los campesinos intercambiaban estos productos por los bienes que les faltaban: botas, gasolina, sal, fósforos. La población de las ciudades intentaba conseguir estos productos por todos los medios. Solo ellos

tenían valor real. Los llevaban al campo. A cambio, la gente traía de vuelta unos kilos de harina o papas. Como hemos mencionado antes, los pocos trenes, sin calefacción, iban abarrotados de hombres que llevaban sacos al hombro. Durante el trayecto, los trenes a menudo tenían que detenerse porque se quedaban sin combustible. Los pasajeros bajaban y cortaban leña para las calderas.

Los mercados habían sido oficialmente abolidos. Pero en casi todas las ciudades había mercados ilegales semi tolerados, donde se practicaba el trueque. Estos mercados existían en Petrogrado. De repente, en el verano de 1920, Zinóviev promulgó un decreto que prohibía cualquier tipo de transacción comercial. Las pocas tiendas pequeñas que aún permanecían abiertas fueron cerradas y sus puertas selladas. Sin embargo, el aparato estatal no estaba en condiciones de abastecer a las ciudades. A partir de ese momento, la hambruna ya no pudo ser atenuada por la iniciativa de la población. Se volvió extrema. En enero de 1921, según la información publicada por Petrokommouna (los suministros estatales de la ciudad de Petrogrado), a los trabajadores de las fábricas de fundición de metales se les asignaban raciones de 800 gramos de pan negro al día; a los trabajadores de choque de otras fábricas, 600 gramos; a los trabajadores con tarjetas, 400 gramos; y al resto de trabajadores, 200 gramos. El pan negro era la dieta básica del pueblo ruso en aquella época.

Pero incluso estas raciones oficiales se distribuían de forma irregular y en cantidades aún menores que las estipuladas. Los trabajadores del transporte recibían, a intervalos irregulares, el equivalente a entre 700 y 1000 calorías al día. Los alojamientos no tenían calefacción. Había una gran es-

casez tanto de ropa como de calzado. Según las estadísticas oficiales, los salarios de la clase trabajadora en 1920 en Petrogrado eran solo el 9 % de los de 1913.

La población se estaba alejando de la capital. Todos los que tenían familiares en el campo se habían reunido con ellos. El auténtico proletariado permaneció hasta el final, con las conexiones más tenues con el campo.

Hay que destacar este hecho para desmontar las mentiras oficiales que atribuían las huelgas que pronto estallarían en Petrogrado a elementos campesinos «insuficientemente imbuidos de ideas proletarias». La situación real era todo lo contrario. Unos pocos trabajadores buscaban refugio en el campo. La mayoría se quedó. ¡No hubo, desde luego, ningún éxodo de campesinos hacia las ciudades hambrientas! Los pocos miles de «troudarmeitzys» (soldados de los ejércitos de trabajo) que se encontraban entonces en Petrogrado no modificaban el panorama. Fue el famoso proletariado de Petrogrado, el proletariado que había desempeñado un papel tan destacado en las dos revoluciones anteriores, el que finalmente recurrió al arma clásica de la lucha de clases: la huelga.

La primera huelga estalló en la fábrica Troubotchny, el 23 de febrero de 1921. El día 24, los huelguistas organizaron una manifestación masiva en la calle. Zinóviev envió contra ellos destacamentos de «Koursanty» (oficiales estudiantes). Los huelguistas intentaron ponerse en contacto con los cuarteles finlandeses. Mientras tanto, las huelgas se extendían. La fábrica Baltisky dejó de trabajar. Luego lo hicieron la fábrica Laferma y varias otras: la fábrica de zapatos Skorokhod, la fábrica Admiralteiski, las plantas Bormann y Metalischeski y, finalmente, el 28 de febrero, la gran fábrica

Putilov.

Los huelguistas exigían medidas para ayudar al abastecimiento de alimentos. Algunas fábricas exigían el restablecimiento de los mercados locales, la libertad para viajar en un radio de treinta millas alrededor de la ciudad y la retirada de los destacamentos de milicianos que controlaban las carreteras alrededor de la ciudad. Pero junto con estas demandas económicas, varias fábricas planteaban demandas más políticas: libertad de expresión y de prensa, y la liberación de los presos políticos de la clase obrera. En varias fábricas grandes, se negó la palabra a los portavoces del partido.

Ante la miseria de los trabajadores rusos que buscaban una salida a sus intolerables condiciones, el servil Comité del Partido y Zinóviev (que, según numerosos testimonios, se comportaba en Petrogrado como un auténtico tirano) no encontraron mejor método de persuasión que la fuerza bruta.

Poukhov, historiador «oficial» de la revuelta de Kronstadt, escribió que «se necesitaban medidas de clase decisivas para vencer a los enemigos de la revolución que utilizaban a un sector del proletariado sin conciencia de clase para arrebatar el poder a la clase obrera y a su vanguardia, el Partido Comunista».

El 24 de febrero, los dirigentes del partido crearon un Estado Mayor especial, denominado Comité de Defensa. Estaba compuesto por tres personas: Lachevitch, Anzelovitch y Avrov. Contarían con el apoyo de varios asistentes técnicos. En cada distrito de la ciudad se iba a crear un comité similar de tres miembros (troika), compuesto por el organizador local del partido, el comandante del batallón del partido de la brigada territorial local y un comisario del

Cuerpo de Entrenamiento de Oficiales. Se organizaron comités similares en los distritos periféricos. Estos estaban compuestos por el organizador local del partido, el presidente del Ejecutivo del Soviet local y el comisario militar del distrito.

El 24 de febrero, el Comité de Defensa proclamó el estado de sitio en Petrogrado. Se prohibió toda circulación en las calles después de las 11 de la noche, así como todas las reuniones y concentraciones, tanto al aire libre como en recintos cerrados, que no hubieran sido específicamente autorizadas por el Comité de Defensa. «Todas las infracciones se castigarían según la ley militar». El decreto fue firmado por Avrov (posteriormente fusilado por los estalinistas), comandante de la región militar de Petrogrado, por Lachevitch (que más tarde se suicidó), miembro del Consejo de Guerra, y por Bouline (posteriormente fusilado por los estalinistas), comandante del distrito fortificado de Petrogrado.

Se decretó la movilización general de los miembros del partido. Se crearon destacamentos especiales para enviarlos a «destinos especiales». Al mismo tiempo, se retiraron los destacamentos de milicia que vigilaban las carreteras de entrada y salida de la ciudad. A continuación, se detuvo a los líderes de la huelga.

El 26 de febrero, los marineros de Kronstadt, naturalmente interesados en todo lo que estaba sucediendo en Petrogrado, enviaron delegados para informarse sobre las huelgas. La delegación visitó varias fábricas. Regresó a Kronstadt el día 28. Ese mismo día, la tripulación del acorazado «Petropavlovsk», tras debatir la situación, votó la siguiente resolución:

Tras escuchar los informes de los representantes enviados por la Asamblea General de la Flota para informarse sobre la situación en Petrogrado, los marineros exigen:

1. Nuevas elecciones inmediatas a los soviets. Los actuales soviets ya no expresan los deseos de los trabajadores y los campesinos. Las nuevas elecciones deben ser secretas y deben ir precedidas de una propaganda electoral libre.

2. Libertad de expresión y de prensa para los trabajadores y campesinos, para los anarquistas y para los partidos socialistas de izquierda.

3. El derecho de reunión y la libertad para las organizaciones sindicales y campesinas.

4. La organización, a más tardar el 10 de marzo de 1921, de una conferencia de trabajadores, soldados y marineros no afiliados a ningún partido de Petrogrado, Kronstadt y el distrito de Petrogrado.

5. La liberación de todos los presos políticos de los partidos socialistas y de todos los trabajadores y campesinos, soldados y marineros encarcelados que pertenezcan a organizaciones obreras y campesinas.

6. La elección de una comisión para examinar los expedientes de todos los detenidos en prisiones y campos de concentración.

7. La abolición de todas las secciones políticas en las fuerzas armadas. Ningún partido político debe tener privilegios para la propagación de sus ideas, ni recibir subsidios del Estado para este fin. En lugar de las secciones políticas, deben crearse diversos grupos culturales, que obtengan sus recursos del Estado.

8. La abolición inmediata de los destacamentos de milicias establecidos entre las ciudades y el campo.

9. La igualación de las raciones para todos los trabajadores, excepto los que realizan trabajos peligrosos o insalubres.

10. La abolición de los destacamentos de combate del Partido en todos los grupos militares. La abolición de las guardias del Partido en fábricas y empresas. Si se requieren guardias, deben ser nombrados teniendo en cuenta las opiniones de los trabajadores.

11. La concesión a los campesinos de libertad de acción en sus propias tierras y del derecho a poseer ganado, siempre que lo cuiden ellos mismos y no empleen mano de obra contratada.

12. Solicitamos que todas las unidades militares y los grupos de oficiales en formación se sumen a esta resolución.

13. Exigimos que la prensa dé la debida publicidad a esta resolución.

14. Exigimos la creación de grupos móviles de control obrero.

15. Exigimos que se autorice la producción artesanal, siempre que no se utilice mano de obra asalariada.

Análisis del Programa de Kronstadt

Los marineros de Kronstadt y los huelguistas de Petrogrado sabían muy bien que la situación económica de Rusia era la causa fundamental de la crisis política. Su descontento se debía tanto a la hambruna como a la evolución general de la situación política. Los trabajadores rusos estaban cada vez más desilusionados con su mayor esperanza: los soviets. Cada día veían cómo el poder de un solo partido sustituía al de los soviets. En partido, además, que se estaba degenerando rápidamente por el ejercicio del poder absoluto y que ya estaba plagado de arribistas. La clase obrera trató de reaccionar contra el monopolio que ejercía este partido en todos los ámbitos de la vida.

El punto uno de la resolución de Kronstadt expresaba una idea compartida por los mejores elementos de la clase obrera rusa. Los soviets totalmente «bolchevizados» ya no reflejaban los deseos de los trabajadores y los campesinos. De ahí la exigencia de nuevas elecciones, que se celebraran según el principio de plena igualdad para todas las tendencias políticas de la clase obrera.

Tal regeneración de los soviets implicaría conceder a todas las tendencias de la clase obrera la posibilidad de expresarse libremente, sin temor a la calumnia o al exterminio. De ahí que, como es natural, siguiera la idea de la libertad de expresión, de prensa, de reunión y de organización, contenida en el punto dos.

Debemos subrayar que en 1921 la lucha de clases en el campo se había librado hasta llegar a un punto muerto virtual. La gran mayoría de los kulaks habían sido desposeídos. Es totalmente erróneo afirmar que la concesión de libertades básicas a los campesinos —como se exigía en el punto tres— habría significado restaurar los derechos políticos de los kulaks. Solo unos años más tarde se exhortó a los campesinos a «enriquecerse», y lo hizo Bujarin, entonces portavoz oficial del Partido.

La revolución de Kronstadt tuvo el mérito de decir las cosas abierta y claramente. Pero no abrió nuevos caminos. Sus ideas principales se discutían en todas partes. Por haber planteado, de una forma u otra, precisamente esas ideas, los obreros y campesinos ya llenaban las cárceles y los campos de concentración recientemente creados. Los hombres de Kronstadt no abandonaron a sus compañeros. El punto seis de su resolución muestra que tenían la intención de examinar todo el aparato judicial. Ya tenían serias dudas sobre su objetividad como órgano de su gobierno. Los marineros de Kronstadt mostraban así un espíritu de solidaridad en la mejor tradición de la clase obrera. En julio de 1917, Kerenski había arrestado a una delegación de la Flota del Báltico que había acudido a Petrogrado. Kronstadt envió inmediatamente otra delegación para insistir en su liberación. En 1921, esta tradición se renovó espontáneamente.

Los puntos siete y diez de la resolución atacaban el monopolio político que ejercía el partido gobernante. El partido utilizaba los fondos estatales de manera exclusiva y sin control para extender su influencia tanto en el ejército como en la policía. El punto nueve de su resolución exigía raciones iguales para todos los trabajadores. Esto destruye la acusación de Trotsky de 1938 según la cual «los hombres de

Kronstadt querían privilegios, mientras el país pasaba hambre». El punto catorce planteaba claramente la cuestión del control obrero. Tanto antes como durante la Revolución de Octubre, esta demanda había provocado un fuerte eco entre la clase obrera. Los marineros de Kronstadt comprendieron claramente que el control real se había escapado de las manos de las bases. Intentaron recuperarlo. Mientras tanto, los bolcheviques intentaban concentrar todo el control en manos de un comisariado especial, el Rabkrin (Comisariado de Control Obrero y Campesino).

El punto once reflejaba las demandas de los campesinos con quienes los marineros de Kronstadt habían permanecido vinculados, al igual que, de hecho, todo el proletariado ruso. La base de este vínculo se encuentra en la historia específica de la industria rusa. Debido al atraso feudal, la industria rusa no tenía sus raíces en la pequeña artesanía. En su gran mayoría, los trabajadores rusos procedían directamente del campesinado. Esto debe ser destacado. Los marineros del Báltico de 1921 estaban, es cierto, estrechamente vinculados al campesinado. Pero ni más ni menos que los marineros de 1917.

En su resolución, los marineros de Kronstadt retomaban una de las grandes reivindicaciones de octubre. Apoyaban las reivindicaciones campesinas que exigían la tierra y el derecho a poseer ganado para aquellos campesinos que no explotaban el trabajo de otros. En 1921, además, esta reivindicación concreta tenía otro aspecto. Era un intento de resolver la cuestión alimentaria, que se estaba volviendo desesperada. Bajo el sistema de requisas forzadas, la población de las ciudades se estaba muriendo literalmente de hambre. Por cierto, ¿por qué la satisfacción de estas demandas debía considerarse «tácticamente correcta» cuando la defendía

Lenin, en marzo de 1921, y «contrarrevolucionaria» cuando la planteaban los propios campesinos unas semanas antes?¿-Qué tenía de contrarrevolucionario el programa de Kronstadt? ¿Qué podía justificar la cruzada lanzada por el Partido contra Kronstadt? Un régimen obrero y campesino que no quisiera basarse exclusivamente en la mentira y el terror tenía que tener en cuenta al campesinado. No por ello tenía por qué perder su carácter revolucionario. Además, los hombres de Kronstadt no eran los únicos que planteaban tales demandas en 1921, los seguidores de Makhno seguían activos en Ucrania. Este movimiento campesino revolucionario estaba desarrollando sus propias ideas y métodos de lucha. El campesinado ucraniano había desempeñado un papel predominante en la expulsión de las hordas feudales. Se había ganado el derecho a determinar las formas de su vida social.

A pesar de las afirmaciones categóricas y sin fundamento de Trotsky, el movimiento Makhno no era en absoluto un movimiento kulak. Koubanin, el historiador bolchevique oficial del movimiento Makhno, muestra estadísticamente, en un libro editado por el Instituto Histórico del Partido, que el movimiento Makhno apareció y se desarrolló más rápidamente, precisamente en aquellas zonas donde los campesinos eran más pobres. El movimiento de Makhno fue aplastado antes de tener la oportunidad de demostrar en la práctica todas sus capacidades creativas. El hecho de que durante la Guerra Civil fuera capaz de crear sus propias formas específicas de lucha lleva a suponer que podría haber sido capaz de mucho más.

De hecho, en relación con la política agraria, nada resultó más desastroso que los zigzags de los bolcheviques. En 1931, diez años después de Kronstadt, Stalin decretó

su famosa «liquidación de los kulaks». Esto provocó una hambruna atroz y la pérdida de millones de vidas humanas.

Consideremos finalmente el punto quince de la resolución de Kronstadt, que exigía libertad para la producción artesanal. No se trataba de una cuestión de principios. Para los trabajadores de Kronstadt, la producción artesanal debía compensar una producción industrial que se había reducido a la nada. Con esta demanda buscaban una salida a su intolerable situación económica.

Reuniones masivas y calumnias bolcheviques

El Soviet de Kronstadt debía renovarse el 2 de marzo. Se había previsto una reunión de las secciones primera y segunda de acorazados para el 1 de marzo. La notificación se había publicado en el boletín oficial de la ciudad de Kronstadt. Entre los oradores se encontraban Kalinin, presidente del Ejecutivo de los Soviets de toda Rusia, y Kouzmin, comisario político de la Flota del Báltico. Cuando Kalinin llegó, fue recibido con música y banderas. Se le concedieron todos los honores militares.

Dieciséis mil personas asistieron a la reunión. El miembro del partido Vassiliev, presidente del soviet local, ocupó la presidencia. Los delegados que habían visitado Petrogrado el día anterior presentaron sus informes. Se distribuyó la resolución adoptada el 28 de febrero por la tripulación del acorazado «Petropavlovsk». Kalinin y Kouzmin se opusieron a la resolución. Proclamaron que «Kronstadt no representaba a toda Rusia».

Sin embargo, la asamblea popular aprobó la resolución de Petropávlovsk. De hecho, solo dos personas votaron en contra: ¡Kalinin y Kouzmin! La asamblea popular decidió enviar una delegación de 30 trabajadores a Petrogrado para estudiar la situación sobre el terreno. También se decidió invitar a delegados de Petrogrado a visitar Kronstadt, para que conocieran lo que realmente pensaban los marineros. Se planeó otra reunión masiva para el día siguiente, en la

que se reunirían delegados de las tripulaciones de los barcos, de los grupos del Ejército Rojo, de las instituciones estatales, de los astilleros y fábricas, y de los sindicatos, para decidir el procedimiento de las nuevas elecciones al soviet local. Al final de la reunión, se permitió a Kalinin regresar a Petrogrado con total seguridad.

Al día siguiente, 2 de marzo, se celebró la reunión de delegados en la Casa de la Cultura. Según el diario oficial de Kronstadt, Izvestia, el nombramiento de los delegados se había llevado a cabo correctamente. Todos los delegados insistieron en que las elecciones se llevaran a cabo de manera leal y correcta. Kouzmin y Vassiliev fueron los primeros en intervenir. Kouzmin afirmó que el Partido no renunciaría al poder sin luchar. Sus discursos fueron tan agresivos y provocadores que la asamblea les ordenó abandonar la reunión y los detuvo. Sin embargo, a otros miembros del Partido se les permitió intervenir ampliamente durante el debate.

La reunión de delegados aprobó por abrumadora mayoría la resolución de Petropávlovsk. A continuación, se procedió a examinar en detalle la cuestión de las elecciones al nuevo soviet. Estas elecciones tenían por objeto «preparar la reconstrucción pacífica del régimen soviético». El trabajo se vio constantemente interrumpido por los rumores que se extendían por la asamblea, según los cuales el Partido se disponía a dispersar la reunión por la fuerza. La situación era extremadamente tensa.

El Comité Provisional

Debido a los discursos amenazantes de los representantes del poder estatal —Kouzmin y Vassiliev— y por temor a represalias, la asamblea decidió formar un Comité Revolucionario Provisional, al que confió la administración de la ciudad y la fortaleza. El Comité celebró su primera sesión a bordo del «Petropavlovsk», el buque de guerra en el que estaban detenidos Kouzmin y Vassiliev.

Los principales dirigentes de la asamblea de delegados pasaron a ser miembros del Comité Revolucionario Provisional. Eran los siguientes:

* Petritchenko, contramaestre jefe del acorazado «Petropavlovsk»,

* Yakovenko, telefonista de enlace con la sección de Kronstadt,

* Ossossov, fogonero del acorazado «Sebastopol»,

* Arkhipov, ingeniero jefe,

* Perepelkin, electricista del acorazado «Sebastopol»,

* Patrouchev, electricista jefe del «Petropavlovsk»,

* Koupolov, jefe de enfermeros,

* Verchinin, marinero del «Sebastopol»,

* Toukin, obrero de la fábrica «Electrotécnica»,

* Romanenko, obrero de mantenimiento de muelles,

* Orechin, director de la Tercera Escuela Laboral,

* Valk, obrero de aserradero,

* Pavlov, obrero de un taller de minería marina,

* Boikev, jefe de la sección de construcción de la fortaleza de Kronstadt,

* Kilgast, piloto portuario.

La mayoría de los miembros del Comité Revolucionario Provisional eran marineros con una larga trayectoria de servicio. Esto contradice la versión oficial de los acontecimientos de Kronstadt, que trata de atribuir el liderazgo de la revuelta a elementos que se habían incorporado recientemente a la Armada y que no tenían nada en común con los heroicos marineros de 1917-1919.

La primera proclamación del Comité Revolucionario Provisional decía:

«Nos preocupa evitar el derramamiento de sangre. Nuestro objetivo es crear, mediante los esfuerzos conjuntos de la ciudad y la fortaleza, las condiciones adecuadas para la celebración de elecciones regulares y honestas al nuevo soviet».

Más tarde ese mismo día, bajo el liderazgo del Comité Revolucionario Provisional, los habitantes de Kronstadt ocuparon todos los puntos estratégicos de la ciudad, tomando el control de las instituciones estatales, el cuartel general del Estado Mayor y los edificios de telefonía y radiocomunicación. Se eligieron comités en todos los acorazados y regimientos. Hacia las 9:00 p. m., la mayoría de los fuertes y destacamentos del Ejército Rojo se habían unido a la causa. Los delegados procedentes de Oranienbaum (Golfo de Finlandia) también habían declarado su apoyo al Comité Revolucionario Provisional. Ese mismo día fueron ocupadas las imprentas de Izvestia.

Al día siguiente, 3 de marzo, los hombres de Kronstadt publicaron el primer número de «Izvestia del Comité Revolucionario Provisional». En él se leía: «El Partido Comunista, amo del Estado, se ha distanciado de las masas. Se ha mostrado incapaz de sacar al país de su caos. Recientemente se han producido innumerables incidentes en Petrogrado y Moscú que demuestran claramente que el Partido ha perdido la confianza de las masas trabajadoras. El Partido ignora las demandas de la clase obrera porque cree que estas demandas son el resultado de la actividad contrarrevolucionaria. En esto, el Partido está cometiendo un grave error».

Calumnias bolcheviques

Mientras tanto, Radio Moscú transmitía lo siguiente:

«Lucha contra la conspiración de la Ejercito Blanco». Y: «Al igual que otras insurrecciones del Ejercito Blanco, el motín del exgeneral Kozlovsky y la tripulación del buque de guerra "Petropavlovsk" ha sido organizado por espías de la Entente. Esto queda claro por el hecho de que el periódico francés Le Monde publicó el siguiente mensaje desde Helsingfors dos semanas antes de la revuelta del general Kozlovsky: "Nos informan desde Petrogrado que, como resultado de la reciente revuelta de Kronstadt, las autoridades militares bolcheviques han tomado toda una serie de medidas para aislar la ciudad y evitar que los soldados y marineros de Kronstadt entren en Petrogrado"».

Por lo tanto, está claro que la revuelta de Kronstadt está siendo dirigida desde París. El contraespionaje francés está involucrado en todo el asunto. La historia se repite. Los socialistas revolucionarios, que tienen su sede en París, están preparando el terreno para una insurrección contra el poder soviético. Una vez preparado el terreno, apareció su verdadero amo, el general zarista. Se repite la historia de Koltchak, que instauró su poder tras el de los socialistas revolucionarios».

(Radio Stanzia Moskva y Radio Vestnik Rosta Moskva, 3 de marzo de 1921).

Los dos antagonistas veían los hechos de manera diferente. Sus puntos de vista eran diametralmente opuestos. El

llamamiento emitido por la Radio de Moscú procedía obviamente de los máximos dirigentes del Politburó. Contaba con la aprobación de Lenin, que debía de estar plenamente al tanto de lo que estaba sucediendo en Kronstadt. Incluso suponiendo que tuviera que basarse en la información que le proporcionaba Zinóviev, a quien sabía cobarde y propenso al pánico, es difícil creer que Lenin malinterpretara la situación real. El 2 de marzo, Kronstadt había enviado una delegación oficial para reunirse con él. Habría bastado con interrogarla para averiguar la verdadera situación.

Lenin, Trotsky y toda la dirección del partido sabían muy bien que no se trataba de una simple «revuelta de generales». ¿Por qué entonces inventar esta leyenda sobre el general Kozlovsky, líder del motín? La respuesta está en la perspectiva bolchevique, una perspectiva a veces tan ciega que no podía ver que las mentiras podían resultar tan nefastas como útiles. La leyenda del general Kozlovsky abrió el camino a otra leyenda: la del oficial de Wrangel que supuestamente conspiró con Trotsky en 1928-29. De hecho, abrió el camino a las mentiras masivas de toda la era de Stalin.

En cualquier caso, ¿quién era este general Kozlovsky, denunciado por la radio oficial como líder de la insurrección? Era un general de artillería y había sido uno de los primeros en pasarse al bando bolchevique. Parecía carecer de cualquier capacidad como líder. En el momento de la insurrección, se encontraba al mando de la artillería en Kronstadt. El comandante comunista de la fortaleza había desertado. Kozlovsky, según las normas vigentes en la fortaleza, tenía que sustituirlo. De hecho, se negó, alegando que, dado que la fortaleza estaba ahora bajo la jurisdicción del Comité Revolucionario Provisional, las antiguas reglas ya no se aplicaban. Kozlovsky permaneció, es cierto, en Kronstadt, pero

solo como especialista en artillería. Además, tras la caída de Kronstadt, en algunas entrevistas concedidas a la prensa finlandesa, Kozlovsky acusó a los marineros de haber perdido un tiempo precioso en cuestiones ajenas a la defensa de la fortaleza. Explicó esto por su renuencia a recurrir al derramamiento de sangre. Más tarde, otros oficiales de la guarnición también acusarían a los marineros de incompetencia militar y de falta total de confianza en sus asesores técnicos. Kozlovsky fue el único general que estuvo presente en Kronstadt. Esto fue suficiente para que el Gobierno utilizara su nombre.

Los hombres de Kronstadt, hasta cierto punto, hicieron uso de los conocimientos militares de ciertos oficiales que se encontraban en la fortaleza en ese momento. Es posible que algunos de estos oficiales hayan dado consejos a los hombres por pura hostilidad hacia los bolcheviques. Pero en su ataque a Kronstadt, las fuerzas gubernamentales también hicieron uso de ex oficiales zaristas. Por un lado estaban Kozlovsky, Salomianov y Arkannihov; por otro, ex oficiales zaristas y especialistas del antiguo régimen, como Toukhatchevsky, Kamenev y Avrov. En ninguno de los dos bandos estos oficiales constituían una fuerza independiente.

En Kronstadt, las fuerzas gubernamentales también estaban utilizando a antiguos oficiales zaristas. Por un lado estaban Kozlovsky, Salomianov y Arkannihov; por otro, antiguos oficiales zaristas y especialistas del antiguo régimen, como Toukhatchevsky, Kamenev y Avrov. En ninguno de los dos bandos estos oficiales constituían una fuerza independiente.

En Kronstadt, las fuerzas gubernamentales también estaban utilizando a antiguos oficiales zaristas. Por un lado

estaban Kozlovsky, Salomianov y Arkannihov; por otro, antiguos oficiales zaristas y especialistas del antiguo régimen, como Toukhatchevsky, Kamenev y Avrov. En ninguno de los dos bandos estos oficiales constituían una fuerza independiente.

Efectos sobre las bases del Partido

El 2 de marzo, los marineros de Kronstadt, conscientes de sus derechos, sus deberes y la autoridad moral que les confería su pasado revolucionario, intentaron encauzar a los soviets por un mejor camino. Veían lo distorsionados que se habían vuelto a causa de la dictadura de un solo partido. El 7 de marzo, el Gobierno central lanzó su ofensiva militar contra Kronstadt.

¿Qué había sucedido entre estas dos fechas? En Kronstadt, el Comité Revolucionario Provisional, ampliado durante una reunión masiva con la incorporación de cinco nuevos miembros, había comenzado a reorganizar la vida social tanto en la ciudad como en la fortaleza. Decidió armar a los trabajadores de Kronstadt para garantizar la protección interna de la ciudad. Decretó la reelección obligatoria, en un plazo de tres días, de los comités sindicales dirigentes y del Congreso de Sindicatos, organismos a los que deseaba conferir poderes considerables. Los miembros de base del Partido Comunista mostraban su confianza en el Comité Revolucionario Provisional mediante una deserción masiva del partido. Varios de ellos formaron un Buró Provisional del Partido que emitió el siguiente llamamiento: «No den crédito a los rumores absurdos difundidos por provocadores que buscan el derramamiento de sangre, según los cuales se está fusilando a compañeros responsables del partido, ni a los rumores que afirman que el partido está preparando un ataque contra Kronstadt. Se trata de una mentira absurda, difundida por agentes de la Entente, que buscan derrocar el

poder de los soviets.

La Oficina Provisional del Partido considera que las reelecciones al Soviet de Kronstadt son necesarias y hace un llamamiento a todos sus partidarios para que participen en ellas y que todos sus partidarios para que permanezcan en sus puestos y no pongan obstáculos a las medidas adoptadas por el Comité Revolucionario Provisional. ¡Viva el poder de los soviets! ¡Viva la unidad internacional de la clase obrera!

Firmado (en nombre de la Oficina Provisional del Partido de Kronstadt): Iline (ex comisario de suministros), Pervouchin (ex presidente del Comité Ejecutivo local), Kabanov (ex presidente de la Oficina Regional de Sindicatos)».

El historiador estalinista Poukhov, refiriéndose a este llamamiento, declaró que «solo puede considerarse un acto de traición y un paso oportunista hacia un acuerdo con los líderes de la insurrección, que obviamente están desempeñando un papel contrarrevolucionario». Poukhov admite que este documento tuvo «cierto efecto» en las bases del Partido. Según él, ¡780 miembros del partido en Kronstadt abandonaron el partido en ese momento!

Algunos de los que renunciaron al partido enviaron cartas a Izvestia de Kronstadt explicando los motivos de su decisión. El maestro Denissov escribió: «Declaro abiertamente al Comité Revolucionario Provisional que, a partir de los disparos dirigidos contra Kronstadt, ya no me considero miembro del partido. Apoyo el llamamiento de los trabajadores de Kronstadt. Todo el poder para los soviets, no para el partido».

Un grupo militar asignado a la compañía especial encargada de la disciplina también emitió una declaración: «Los

abajo firmantes nos afiliamos al Partido creyendo que expresaba los deseos de las masas trabajadoras. De hecho, el Partido ha demostrado ser un verdugo de los trabajadores y los campesinos. Esto queda claramente de manifiesto en los recientes acontecimientos de Petrogrado. Estos acontecimientos muestran el rostro de los dirigentes del Partido. Las recientes emisiones de Moscú muestran claramente que los dirigentes del Partido están dispuestos a recurrir a cualquier medio para conservar el poder. Pedimos que, en lo sucesivo, ya no se nos considere miembros del Partido. Nos sumamos al llamamiento emitido por la guarnición de Kronstadt en su resolución del 2 de marzo. Invitamos a otros compañeros que se hayan dado cuenta del error de sus actos a que lo reconozcan públicamente.

Firmado: Gutman, Yefimov, Koudriatzev, Andreev. (Izvestia del Comité Revolucionario Provisional, 7 de marzo de 1921)».

Los miembros del Partido Comunista en el fuerte «Rif» publicaron la siguiente resolución: «Durante los últimos tres años, muchos arribistas codiciosos se han unido a nuestro partido. Esto ha dado lugar a la burocracia y ha obstaculizado gravemente la lucha por la reconstrucción económica.

Nuestro partido siempre ha afrontado el problema de la lucha contra los enemigos del proletariado y de las masas trabajadoras. Declaramos públicamente que tenemos la intención de continuar en el futuro con nuestra defensa de los derechos conquistados por la clase obrera. No permitiremos que ningún Ejercito Blanco se aproveche de esta difícil situación a la que se enfrenta la República de los Soviets. Ante el primer intento dirigido contra su poder, sabremos cómo responder.

«Aceptamos plenamente la autoridad del Comité Revolucionario Provisional, que se ha fijado el objetivo de crear soviets que representen genuinamente al proletariado y a las masas trabajadoras. Viva el poder de los soviets, verdaderos defensores de los derechos de la clase obrera».

Firmado: el presidente y el secretario de la reunión de comunistas en Fort Rif» (Izvestia del Comité Revolucionario Provisional. 7 de marzo de 1921).

¿Fueron estas declaraciones extraídas por la fuerza a los miembros del partido por el régimen de terror dirigido contra los miembros del partido que supuestamente reinaba en Kronstadt en ese momento? No se ha presentado ni una sola prueba al respecto. Durante toda la insurrección, no se fusiló a ningún comunista encarcelado. Y esto a pesar de que entre los prisioneros se encontraban hombres responsables de la flota, como Kouzmin y Batys. La gran mayoría de los miembros del Partido Comunista quedaron, de hecho, en total libertad.

En el Izvestia del Comité Revolucionario Provisional del 7 de marzo de marzo, bajo el título «No buscamos venganza», se puede leer la siguiente nota: «La prolongada opresión a la que la dictadura del Partido ha sometido a los trabajadores ha provocado una indignación natural entre las masas. Esto ha llevado, en algunos lugares, a boicots y despidos dirigidos contra los familiares de los miembros del Partido. Esto no debe ocurrir. No buscamos venganza. Solo defendemos nuestros intereses como trabajadores. Debemos actuar con cautela. Solo debemos tomar medidas contra aquellos que sabotean o que, mediante propaganda mentirosa, tratan de impedir la reafirmación del poder y los derechos

de la clase obrera».

En Petrogrado, sin embargo, prevalecían ideas humanistas de otro tipo. Tan pronto como se supo de las detenciones de Kouzmin y Vassiliev, el Comité de Defensa ordenó la detención de las familias de todos los marineros de Kronstadt que se sabía que vivían en Petrogrado. Un avión del Gobierno lanzó sobre Kronstadt folletos en los que se decía: «El Comité de Defensa anuncia que ha detenido y encarcelado a las familias de los marineros como rehenes para garantizar la seguridad de los camaradas comunistas detenidos por los amotinados de Kronstadt. Nos referimos concretamente a la seguridad del comisario de la Flota Kouzmin y de Vassiliev, presidente del Soviet de Kronstadt. Si se les toca un solo pelo, los rehenes lo pagarán con sus vidas». («Izvestia» del Comité Revolucionario Provisional, 5 de marzo de 1921).

El Comité Revolucionario Provisional respondió con el siguiente mensaje de radio: «En nombre de la guarnición de Kronstadt, el Comité Revolucionario Provisional de Kronstadt insiste en la liberación, en un plazo de 24 horas, de las familias de los trabajadores, marineros y soldados rojos arrestados como rehenes por el Soviet de Petrogrado.

La guarnición de Kronstadt les asegura que en la ciudad de Kronstadt los miembros del Partido son totalmente libres y que sus familias gozan de absoluta inmunidad. Nos negamos a seguir el ejemplo del Soviet de Petrogrado. Consideramos que tales métodos, incluso cuando son motivados por un odio feroz, son absolutamente vergonzosos y degradantes.

Firmado: Petritchenko, marinero, presidente del Comité Revolucio-

nario Provisional; Kilgast, secretario».

Para refutar los rumores según los cuales los miembros del Partido estaban siendo maltratados, el Comité Revolucionario Provisional creó una comisión especial para investigar los casos de los comunistas encarcelados. En su edición del 4 de marzo, el Izvestia del Comité Revolucionario Provisional anunció que se incorporaría un miembro del Partido a la comisión. Es dudoso que este organismo llegara a funcionar, ya que dos días después comenzó el bombardeo de Kronstadt. Sin embargo, el Comité Revolucionario Provisional recibió a una delegación del Partido. Le concedió permiso para visitar a los prisioneros en el «Petropávlovsk». A los prisioneros se les había permitido incluso celebrar reuniones entre ellos y editar un periódico mural. (Zaikovski: «Kronstadt de 1917 a 1921»).

No hubo terror en Kronstadt. En circunstancias muy difíciles y trágicas, los «rebeldes» hicieron todo lo posible por aplicar los principios básicos de la democracia obrera. Si muchos comunistas de base decidieron apoyar al Comité Revolucionario Provisional, fue porque este órgano expresaba los deseos y aspiraciones del pueblo trabajador. En retrospectiva, esta autoafirmación democrática de Kronstadt puede parecer sorprendente. Sin duda, contrastaba con las acciones y la mentalidad que prevalecían entre los dirigentes del Partido en Petrogrado y Moscú. Estos permanecieron ciegos, sordos y totalmente ajenos a lo que Kronstadt y las masas trabajadoras de toda Rusia realmente querían.

La catástrofe aún podría haberse evitado durante aquellos trágicos días: ¿por qué entonces el Comité de Defensa de Petrogrado utilizó un lenguaje tan abusivo? La única conclusión a la que puede llegar un observador objetivo es que se hizo con la intención deliberada de provocar un derramamiento de sangre, «dando así una lección a todos» sobre la necesidad de una sumisión absoluta al poder central.

Amenazas y sobornos

El 5 de marzo, el Comité de Defensa de Petrogrado hizo un llamamiento a los rebeldes.

«Os cuentan cuentos de hadas cuando os dicen que Petrogrado está con vosotros o que Ucrania os apoya. Son mentiras impertinentes. El último marinero de Petrogrado os abandonó cuando se enteró de que os dirigían generales como Kozlovskv. Siberia y Ucrania apoyan al poder soviético. El Petrogrado rojo se ríe de los miserables esfuerzos de un puñado de guardias blancos y socialistas revolucionarios. Estáis rodeados por todos lados. Pasarán unas horas más y entonces se verán obligados a rendirse. Kronstadt no tiene ni pan ni combustible. Si insisten, los mataremos como a perdices.

En el último momento, todos esos generales, los Kozlovskv, los Bourkser y toda esa chusma, los Petrichenko y los Tourin, huirán a Finlandia, a la guardia blanca. Y ustedes, soldados y marineros rasos, ¿adónde irán entonces? No les crean cuando prometen alimentarlos en Finlandia. ¿No han oído lo que les pasó a los partidarios de Wrangel? Fueron trasladados a Constantinopla. Allí están muriendo como moscas, por miles, de hambre y enfermedades. Este es el destino que les espera, a menos que se controlen inmediatamente. ¡Ríndanse de inmediato! No pierdan ni un minuto. Recojan sus armas y vengan con nosotros. Desarmen y arresten a sus líderes criminales, en particular a los generales zaristas. Quien se rinda inmediatamente será perdonado. Ríndanse ahora».

Firmado: El Comité de Defensa.

En respuesta a estas amenazas de Petrogrado, el Comité Revolucionario Provisional emitió un último llamamiento.

«A TODOS, A TODOS, A TODOS.

Camaradas, obreros, soldados rojos y marineros. Aquí, en Kronstadt, sabemos muy bien cuánto están sufriendo ustedes, sus esposas y sus hijos bajo el yugo de hierro del Partido. Hemos derrocado al Soviet dominado por el Partido. El Comité Revolucionario Provisional inicia hoy las elecciones para un nuevo Soviet. Será elegido libremente y reflejará los deseos de toda la población trabajadora y de la guarnición, y no solo los de un puñado de miembros del Partido.

Nuestra causa es justa. Defendemos el poder de los soviets, no el del Partido. Defendemos a los representantes libremente elegidos de las masas trabajadoras. Los soviets deformados, dominados por el Partido, han permanecido sordos a nuestras súplicas. Nuestras apelaciones han sido respondidas con balas.

La paciencia de los trabajadores se está agotando. Así que ahora intentan apaciguarlos con migajas. Por orden de Zinóviev, se han retirado las barreras de la milicia. Moscú ha asignado diez millones de rublos de oro para la compra en el extranjero de alimentos y otros artículos de primera necesidad. Pero sabemos que el proletariado de Petrogrado no se dejará comprar de esta manera. Por encima de las cabezas del partido, les tendemos la mano fraternal de la revolucionaria Kronstadt.

Camaradas, os están engañando. Y la verdad está siendo distorsionada por las calumnias más viles. Camaradas, no os dejéis engañar.

En Kronstadt, el poder está en manos de los marineros, de los soldados rojos y de los trabajadores revolucionarios. No está en manos de la Guardia Blanca comandada por el general Kozlovsky, como miente la Radio de Moscú».

Firmado: El Comité Revolucionario Provisional».

Los comunistas extranjeros se encontraban en Moscú y Petrogrado en el momento de la revuelta. Estaban en estrecho contacto con los círculos dirigentes del Partido. Confirmaron que el Gobierno había realizado compras apresuradas en el extranjero (incluso se compró chocolate, que siempre había sido un lujo en Rusia). Moscú y Petrogrado habían cambiado repentinamente de táctica. El Gobierno comprendía mejor la guerra psicológica que los hombres de Kronstadt. Entendía la influencia corruptora del pan blanco sobre una población hambrienta. En vano afirmó Kronstadt que las migajas no comprarían al proletariado de Petrogrado. Los métodos del Gobierno tuvieron un efecto indudable, especialmente cuando se combinaron con una represión despiadada contra los huelguistas.

Apoyo en Petrogrado

Parte del proletariado de Petrogrado continuó en huelga durante los acontecimientos de Kronstadt. El propio Poukhov, historiador del Partido, lo admite. Los trabajadores exigían la liberación de los presos. En algunas fábricas se encontraron copias del «Ivestia» del Comité Revolucionario Provisional pegadas en las paredes. Incluso un camión recorrió las calles de Petrogrado repartiendo panfletos de Kronstadt. En algunas empresas (por ejemplo, la Imprenta Estatal n.º 26), los trabajadores se negaron a aprobar una resolución que condenaba a los marineros de Kronstadt. En la fábrica «Arsenal», los trabajadores organizaron una reunión masiva el 7 de marzo (el día en que comenzó el bombardeo de Kronstadt). ¡En esta reunión se aprobó una resolución de los marineros amotinados! Se eligió una comisión que debía ir de fábrica en fábrica agitando a favor de una huelga general.

Las huelgas continuaban en las fábricas más grandes de Petrogrado: Poutilov, Baltisky, Oboukhov, Nievskaia Manoufactura, etc. Las autoridades despidieron a los trabajadores en huelga y transfirieron las fábricas a la autoridad de las troikas locales (comités de tres hombres), que procedieron a la recontratación selectiva de los trabajadores. También se tomaron otras medidas represivas contra los huelguistas.

Las huelgas también comenzaron en Moscú, en Nizhni Nóvgorod y en otras ciudades. Pero también aquí, la rápida entrega de alimentos, combinada con calumnias en el sentido de que los generales zaristas estaban al mando en Kronstadt, había logrado sembrar dudas entre los trabajadores. El objetivo de los bolcheviques se había logrado. El proleta-

riado de Petrogrado y de las demás ciudades industriales se encontraba en un estado de confusión. Los marineros de Kronstadt, que esperaban el apoyo de toda la clase obrera rusa, quedaron aislados, enfrentándose a un Gobierno decidido a aniquilarlos, sin importar el costo.

Primeras escaramuzas

El 6 de marzo, Trotsky dirigió un llamamiento por radio a la guarnición de Kronstadt: «El Gobierno Obrero y Campesino ha decidido reafirmar sin demora su autoridad, tanto sobre Kronstadt como sobre los acorazados amotinados, y ponerlos a disposición de la República Soviética. Por lo tanto, ordeno a todos aquellos que han levantado la mano contra la patria socialista que depongan inmediatamente las armas. Los que se resistan serán desarmados y puestos a disposición del mando soviético. Los comisarios arrestados y otros representantes del Gobierno deben ser liberados de inmediato. Solo aquellos que se rindan incondicionalmente podrán contar con la clemencia de la República Soviética. Mientras tanto, estoy dando órdenes para que se prepare todo lo necesario para aplastar la revuelta y a los rebeldes por la fuerza de las armas. La responsabilidad de los desastres que afectarán a la población civil recaerá directamente sobre los insurgentes de la Guardia Blanca.

Firmado: Trotsky, presidente del Consejo Militar Revolucionario de la República Soviética,KAMENEV, Glavkom (oficial al mando)».

El 8 de marzo, un avión sobrevoló Kronstadt y lanzó una bomba. En los días siguientes, la artillería del Gobierno con-

tinuó bombardeando la fortaleza y los fuertes vecinos, pero se encontró con una fuerte resistencia. Los aviones lanzaron bombas que provocaron tal furia entre la población civil que esta comenzó a disparar en respuesta. El Comité Revolucionario Provisional tuvo que ordenar a los defensores que no desperdiciaran sus municiones. En 1921, la guarnición de Kronstadt se había reducido notablemente. Las cifras facilitadas por el Estado Mayor de los defensores situaban el número en 3000. Las brechas entre los soldados de infantería que defendían el perímetro tenían al menos 32 pies de ancho. Las reservas de municiones y proyectiles también eran limitadas.

Durante la tarde del 3 de marzo, el Comité Revolucionario se reunió con algunos especialistas militares. Se creó un Comité de Defensa Militar que preparó un plan para defender la fortaleza. Pero cuando los asesores militares propusieron un asalto en dirección a Oranienbaum (donde había reservas de alimentos, en Spassatelnaia), el Comité Revolucionario Provisional se negó. No confiaba en la capacidad militar de los marineros, sino en el apoyo moral de toda la Rusia proletaria. Hasta que se disparó el primer tiro, los hombres de Kronstadt se negaron a creer que el Gobierno los atacaría militarmente. Sin duda, esta es la razón por la que el Comité Revolucionario Provisional no se propuso impedir el avance del Ejército Rojo rompiendo el hielo alrededor de los pies de la fortaleza. Por razones muy similares, no se instalaron barreras fortificadas a lo largo de la probable línea de ataque.

Kronstadt tenía razón. Militarmente no podían ganar. Como mucho, habrían aguantado quince días. Esto podría haber sido importante, ya que una vez que el hielo se hubiera derretido, Kronstadt podría haberse convertido en una

verdadera fortaleza, capaz de defenderse. Tampoco debemos olvidar que sus reservas humanas eran infinitesimales en comparación con el número de efectivos que el Ejército Rojo podía lanzar a la batalla.

Desmoralización en el Ejército Rojo

¿Cómo estaba la moral en el Ejército Rojo en ese momento? En una entrevista concedida a Krasnaia Gazeta, Dybenko describió cómo todas las unidades militares que participaron en el asalto a Kronstadt tuvieron que ser reorganizadas. Era una necesidad absoluta. Durante el primer día de operaciones militares, el Ejército Rojo había demostrado que no deseaba luchar contra los marineros, contra los «bratichki» (hermanitos), como se les conocía en aquella época. Entre los trabajadores avanzados, los marineros de Kronstadt eran conocidos como las personas más devotas de la Revolución. Y, de todos modos, los mismos motivos que impulsaban a Kronstadt a rebelarse existían entre las filas del Ejército Rojo. Ambos pasaban hambre y frío, iban mal vestidos y mal calzados, lo que suponía una carga nada desdeñable en el invierno ruso, sobre todo cuando se les pedía que marcharan y lucharan sobre el hielo y la nieve.

Durante la noche del 8 de marzo, cuando comenzó el ataque del Ejército Rojo contra Kronstadt, una terrible tormenta de nieve azotaba el Báltico. Una espesa niebla hacía casi invisibles las huellas. Los soldados del Ejército Rojo llevaban largas blusas blancas que los ocultaban bien de la nieve. Así describió Poukhov la moral del Regimiento de Infantería 561 en un comunicado oficial. El regimiento se acercaba a Kronstadt desde el lado de Oranienbaum.

«Al comienzo de la operación, el segundo batallón se había negado a marchar. Con mucha dificultad y gracias a la

presencia de comunistas, se le convenció para que se aventurara sobre el hielo. Tan pronto como llegó a la primera batería sur, una compañía del 2.º batallón se rindió. Los oficiales tuvieron que regresar solos. El regimiento se detuvo. Estaba amaneciendo. No teníamos noticias del 3.º batallón, que avanzaba hacia las baterías sur 1 y 2. El batallón marchaba en fila y estaba siendo bombardeado por la artillería de los fuertes. Entonces se dispersó y viró a la izquierda del fuerte Milioutine, desde donde se ondeaban banderas rojas. Tras avanzar un poco más, se percató de que los rebeldes habían instalado ametralladoras en los fuertes y les ofrecían la opción de rendirse o ser masacrados. Todos se rindieron, excepto el comisario del batallón y tres o cuatro soldados que dieron media vuelta.

El 8 de marzo, Oublanov, comisario del sector norte, escribió al Partido de Petrogrado: «Considero que es mi deber revolucionario aclararles la situación en el sector norte. Es imposible enviar al ejército a un segundo ataque contra los fuertes. Ya he hablado con los camaradas Lachevitch, Avrov y Trotsky sobre la moral de los Koursantys (cadetes, considerados los más aptos para el combate). Tengo que informar de las siguientes tendencias. Los hombres desean conocer las demandas de Kronstadt.

Quieren enviar delegados a Kronstadt. El número de comisarios políticos en este sector es muy insuficiente».

La moral del ejército también quedó al descubierto en el caso de la 79.ª Brigada de la 27.ª División de Omsk. La división estaba compuesta por tres regimientos. Había demostrado su capacidad de combate en la lucha contra Koltchak. El 12 de marzo, la división fue trasladada al frente de Kronstadt. El regimiento Orchane se negó a luchar contra

Kronstadt. Al día siguiente, en los otros dos regimientos de la misma división, los soldados organizaron reuniones improvisadas en las que discutieron qué actitud adoptar. Dos de los regimientos tuvieron que ser desarmados por la fuerza, y el tribunal «revolucionario» impuso duras sentencias.

Hubo muchos casos similares. Los soldados no solo se negaban a luchar contra sus hermanos de clase, sino que tampoco estaban preparados para luchar sobre el hielo en el mes de marzo. Se habían traído unidades de otras regiones del país, donde a mediados de marzo el hielo ya se estaba derritiendo. Tenían poca confianza en la solidez del hielo del Báltico. Los que habían participado en el primer asalto habían visto que los proyectiles de Kronstadt abrían enormes agujeros en su superficie, en los que quedaban atrapadas las desafortunadas tropas del Gobierno. No eran escenas muy alentadoras. Todo ello contribuyó al fracaso de los primeros asaltos contra Kronstadt.

Reorganización

Los regimientos que se utilizarían en el asalto final contra Kronstadt fueron completamente reorganizados. Los grupos que habían mostrado simpatía hacia Kronstadt fueron desarmados y transferidos a otras unidades. Algunos fueron severamente castigados por el Tribunal Revolucionario. Los miembros del partido fueron movilizados y asignados a varios batallones con fines propagandísticos y para informar sobre elementos inseguros.

Entre el 8 y el 15 de marzo, mientras los cañones intercambiaban fuego sobre el hielo en Kronstadt, se celebró en Moscú el X Congreso del Partido. El Congreso envió 300 delegados al frente, entre ellos Vorochilov, Boubnov, Zatousky, Roukhimovitch y Piatakov. Los «delegados» fueron nombrados «comisarios políticos» y asignados a la sección militar de la Cheka, o a «comisiones especiales para la lucha contra la deserción». Algunos simplemente lucharon en las filas.

Los tribunales revolucionarios trabajaban horas extras. Poukhov describe cómo «reaccionaban enérgicamente ante todas las tendencias malsanas. Los alborotadores y provocadores eran castigados según sus méritos». Las sentencias se daban a conocer inmediatamente a los soldados. A veces incluso se publicaban en los periódicos.

Pero a pesar de toda la propaganda, toda la reorganización y toda la represión, los soldados seguían teniendo dudas. El 14 de marzo se produjeron nuevos actos de insubordinación. El regimiento 561, reorganizado el 8 de marzo, seguía negándose a marchar.«No lucharemos contra nues-

tros hermanos de las mismas stanitsas», proclamaron.

Pequeños grupos de hombres del Ejército Rojo se rindieron a los rebeldes y comenzaron a luchar a su lado. Testigos describieron cómo algunas unidades perdieron a la mitad de sus hombres antes incluso de entrar en la línea de fuego de los insurgentes. Estaban siendo ametrallados desde la retaguardia «para evitar que se rindieran a los rebeldes».

Fuentes oficiales describieron cómo los números de Izvestia de Kronstadt se leían con gran interés en el Ejército Rojo. Lo mismo ocurría con los folletos distribuidos por los rebeldes de Kronstadt. Se crearon comisiones políticas especiales para impedir que ese material entrara en los cuarteles. Pero esto tuvo el efecto contrario al esperado.

Se movilizaron las organizaciones del partido en todo el país. Se llevó a cabo una intensa propaganda entre las tropas de la retaguardia. Los recursos humanos y materiales de que disponía el Gobierno eran muy superiores a los de Kronstadt. Todos los días llegaban trenes con nuevas tropas a Petrogrado. Muchas procedían de las tierras kirguisas y bashkirias (es decir, estaban compuestas por hombres lo más alejados posible de la «mentalidad de Kronstadt»). En cuanto a los defensores de Kronstadt, sus fuerzas no solo disminuían numéricamente (por las pérdidas sufridas en los combates), sino que estaban cada vez más agotadas. Mal vestidos y medio muertos de hambre, los rebeldes de Kronstadt permanecieron en sus puestos, casi sin relevo, durante poco más de una semana. Al final de este periodo, muchos de ellos apenas podían mantenerse en pie.

El asalto final

Consciente de estos hechos y tras haber tomado todas las medidas necesarias en relación con la organización, los suministros y la mejora de la moral, Tujachevski, comandante del 7.º Ejército, emitió su famosa proclamación del 15 de marzo. Ordenó que Kronstadt fuera tomada por asalto total en la noche del 16 al 17 de marzo. Regimientos enteros del 7.º Ejército fueron equipados con granadas de mano, blusas blancas, tijeras para cortar alambre de púas y pequeños trineos para transportar ametralladoras.

El plan de Tukhachevsky consistía en lanzar un ataque decisivo desde el sur y luego capturar Kronstadt mediante un asalto masivo simultáneo desde tres direcciones diferentes.

El 16 de marzo, el Grupo Sur abrió fuego de artillería a las 14:20 horas. A las 17:00 horas, el Grupo Norte también comenzó a bombardear Kronstadt. Los cañones de Kronstadt respondieron. El bombardeo duró cuatro horas. A continuación, los aviones bombardearon la ciudad con el fin de sembrar el pánico entre la población civil. Por la noche, cesó el bombardeo de artillería. Los reflectores de Kronstadt barrían el hielo en busca de los invasores.

Hacia la medianoche, las tropas gubernamentales habían tomado posiciones y comenzaron a avanzar. A las 2:45 a. m., la Fuerza Norte había ocupado el Fuerte 7, abandonado por los defensores de Kronstadt. A las 4:30 a. m., las tropas gubernamentales atacaron los Fuertes 4 y 6, pero sufrieron pérdidas muy importantes a causa de la artillería de Kronstadt. A las 6:40 a. m., los cadetes oficiales del Gobierno fi-

nalmente capturaron el Fuerte 6.

A las 5:00 a. m., la Fuerza Sur lanzó un ataque contra los fuertes que tenían frente. Los defensores, abrumados, retrocedieron hacia la ciudad. Entonces se desató una batalla feroz y sangrienta en las calles. Se utilizaron ametralladoras a muy corta distancia. Los marineros defendieron cada casa, cada ático, cada cobertizo. En la propia ciudad, recibieron el refuerzo de las milicias obreras. Las tropas atacantes fueron rechazadas durante unas horas hacia los fuertes y los suburbios. Los marineros volvieron a ocupar el Instituto Mecánico, que había sido capturado temprano por la 80.ª Brigada del gobierno.

Los combates callejeros fueron terribles. Los soldados del Ejército Rojo estaban perdiendo a sus oficiales, los hombres del Ejército Rojo y las tropas defensoras se mezclaban en una confusión indescriptible. Nadie sabía muy bien quién estaba en qué bando. La población civil de la ciudad intentaba fraternizar con las tropas gubernamentales, a pesar de los disparos. Se seguían distribuyendo panfletos del Comité Revolucionario Provisional. Hasta el amargo final, los marineros intentaban fraternizar.

A lo largo del 17 de marzo, los combates continuaron. Al anochecer, el Grupo Norte había ocupado la mayoría de los fuertes. Los combates callejeros continuaron durante toda la noche y hasta bien entrada la mañana siguiente. Uno tras otro, los últimos fuertes —Milioutine, Constantine y Obroutchev— cayeron. Incluso después de que el último fuera ocupado, grupos aislados de defensores seguían luchando desesperadamente con ametralladoras. Cerca del faro de Tolbukhin, un último grupo de 150 marineros opuso una resistencia desesperada.

El balance

Las cifras publicadas por las autoridades sanitarias militares del distrito de Petrogrado, correspondientes al periodo comprendido entre el 3 y el 21 de marzo, hablan de 4127 heridos y 527 muertos. Estas cifras no incluyen a los ahogados ni a los numerosos heridos abandonados a su suerte en el hielo. Tampoco incluyen a las víctimas de los tribunales revolucionarios.

Ni siquiera tenemos cifras aproximadas de las pérdidas del bando de Kronstadt. Fueron enormes, incluso sin contar las masacres de represalia que tuvieron lugar posteriormente. Quizás algún día los archivos de la Cheka y de los tribunales revolucionarios revelen toda la terrible verdad.

Esto es lo que dice Poukhov, historiador estalinista «oficial» de la revuelta, al respecto: «Mientras se tomaban medidas para restablecer la vida normal y se proseguía la lucha contra los restos rebeldes, los tribunales revolucionarios del distrito militar de Petrogrado llevaban a cabo su labor en muchas zonas»... Se impartía una severa justicia proletaria a todos los traidores a la Causa [...] Las sentencias recibieron mucha publicidad en la prensa y desempeñaron un gran papel educativo». Estas citas de fuentes oficiales refutan las mentiras trotskistas de que «la fortaleza fue rodeada y capturada con pérdidas insignificantes».

En la noche del 17 al 18 de marzo, parte del Comité Revolucionario Provisional abandonó Kronstadt. Unas 8,000 personas (algunos marineros y la parte más activa de la población civil) se dirigieron hacia Finlandia y el exilio permanente. Cuando el Ejército Rojo, defensor del poder «so-

viético», entró finalmente en Kronstadt, no restableció el soviet de Kronstadt. Sus funciones fueron asumidas por la Sección Política de la Secretaría del nuevo comandante adjunto de la fortaleza.

Toda la Flota Roja fue profundamente reorganizada. Miles de marineros del Báltico fueron enviados a servir en el Mar Negro, en el Caspio y en las estaciones navales de Siberia. Según Poukhov: «Los elementos menos fiables, los infectados con el espíritu de Kronstadt, fueron trasladados. Muchos se fueron de mala gana. Esta medida contribuyó a la purificación de un ambiente malsano».

En abril, el nuevo Mando Naval inició una revisión individual. «Una comisión especial destituyó a 15 000 marineros de las categorías V, G y D, consideradas «no esenciales» (es decir, no especializadas), así como a los marineros que no se consideraban fiables desde el punto de vista político».

Tras la aniquilación física de Kronstadt, había que erradicar su espíritu de la flota.

Lo que se decía en aquel momento

«Las revueltas de los obreros y campesinos han demostrado que su paciencia ha llegado al límite. El levantamiento de los obreros está cerca. Ha llegado el momento de derrocar a la burocracia... Kronstadt ha levantado por primera vez la bandera de la Tercera Revolución de los trabajadores... La autocracia ha caído. La Asamblea Constituyente ha partido hacia la región de los condenados. La burocracia se está desmoronando...».

Isvestia del Comité Revolucionario Provisional de Kronstadt. Etapy Revoliutsi (Etapas de la Revolución), 12 de marzo de 1921.

«En los periódicos burgueses se puede leer que trajimos regimientos chinos, kalmukos y otros contra Yudemitch y Kronstadt. Esto es, por supuesto, una mentira. Trajimos a nuestra juventud. El asalto a Kronstadt fue, en efecto, simbólico. Kronstadt, como dije, estaba a punto de pasar a manos del imperialismo francés e inglés».

L. Trotsky. Discurso pronunciado en el II Congreso de la Internacional Comunista Juvenil, 14 de julio de 1921. Los primeros cinco años de la Internacional Comunista (Pioneer Publishers, 1945), p. 312.

Los anarquistas

¿Fueron los marineros de Kronstadt quienes plantearon sus demandas y resoluciones por iniciativa propia? ¿O actuaron bajo la influencia de grupos políticos, que podrían haberles sugerido consignas? La influencia anarquista suele ser incriminada cuando se describe este tema. ¿Hasta qué punto se puede estar seguro de ello? Entre los miembros del Comité Revolucionario Provisional, al igual que entre los kronstadtianos en general, había sin duda personas que se declaraban anarquistas. Pero si nos basamos en pruebas documentales, como hemos intentado hacer a lo largo de este estudio, debemos concluir que no hubo una intervención directa de los grupos anarquistas.

El menchevique Dan, que estuvo un tiempo en prisión en Petrogrado con un grupo de rebeldes de Kronstadt, nos cuenta en sus memorias que Perepelkin, uno de los miembros del Comité Revolucionario Provisional, era cercano al anarquismo. También nos dice que los marineros de Kronstadt estaban desilusionados y hartos de la política del Partido Comunista y que hablaban con odio de los partidos políticos en general. A sus ojos, los mencheviques y los socialistas revolucionarios eran tan malos como los bolcheviques. Todos querían hacerse con el poder y luego traicionar al pueblo que había depositado su confianza en ellos. Según Dan, la conclusión de los marineros, decepcionados con los partidos políticos, fue: «Todos son iguales. ¡Lo que necesitamos es anarquismo, no una estructura de poder!».

Los anarquistas, por supuesto, defienden a los rebeldes de Kronstadt. Nos parece probable que, si alguna de sus

organizaciones hubiera prestado realmente su ayuda en la insurrección, la prensa anarquista lo hubiera mencionado. Sin embargo, en la prensa anarquista de la época no se hace mención alguna de tal ayuda. Por ejemplo, Yartchouk, un viejo anarcosindicalista que antes de octubre gozaba de considerable autoridad entre la población y los marineros de Kronstadt, no menciona tal papel anarquista en su panfleto dedicado al levantamiento de 1921, escrito inmediatamente después de los acontecimientos. Debemos considerar su juicio como una prueba bastante concluyente.

En el momento de la insurrección, los anarquistas ya estaban siendo perseguidos en todo el país. Los libertarios aislados y los pocos grupos anarquistas que quedaban estaban sin duda «moralmente» del lado de los insurgentes. Así lo demuestra, por ejemplo, el siguiente folleto, dirigido a la clase obrera de Petrogrado: «La revuelta de Kronstadt es una revolución. Día y noche se oye el sonido de los cañones. Dudáis en intervenir directamente contra el Gobierno para desviar sus fuerzas de Kronstadt, aunque la causa de Kronstadt es vuestra causa... Los hombres de Kronstadt siempre están al frente de la rebelión. Después de la revuelta de Kronstadt, veamos la revuelta de Petrogrado. Y después de vosotros, que prevalezca el anarquismo».

Cuatro anarquistas que se encontraban entonces en Petrogrado (Emma Goldmann, Alexander Berkman, Perkous y Petrovsky) previeron un desenlace sangriento de los acontecimientos. El 5 de marzo enviaron la siguiente carta al Consejo de Trabajo y Defensa de Petrogrado: «No solo es imposible, sino que de hecho es criminal guardar silencio en este momento. Los recientes acontecimientos nos obligan a los anarquistas a dar nuestra opinión sobre la situación actual. El descontento y la agitación en las mentes de los tra-

bajadores y marineros son el resultado de circunstancias que merecen nuestra seria atención. El frío y la hambruna han provocado el descontento, mientras que la ausencia de cualquier posibilidad de discusión o crítica empuja a los trabajadores y marineros a buscar una salida a este descontento. El hecho de que un gobierno de trabajadores y campesinos utilice la fuerza contra los trabajadores y marineros es aún más importante. Creará una impresión reaccionaria en el movimiento obrero internacional y, por lo tanto, perjudicará la causa de la revolución social. Camaradas bolcheviques, piensen mientras aún hay tiempo. No jueguen con fuego. Están a punto de dar un paso decisivo. Les proponemos lo siguiente: nombren una comisión de seis personas, dos de las cuales deben ser anarquistas, para que vayan a Kronstadt a resolver las diferencias de forma pacífica. En las circunstancias actuales, esta es la forma más racional de actuar. Tendrá una importancia revolucionaria internacional».

Estos anarquistas sin duda cumplieron con su deber. Pero actuaron por su cuenta y no hay nada que demuestre que estuvieran vinculados organizativamente con los rebeldes de ninguna manera. Además, el mero hecho de que propusieran este tipo de mediación sugiere que no estaban en contacto directo con los marineros, que habían enviado una delegación a Petrogrado a través de la cual habría sido posible negociar. Y si en la resolución «Petropavlovsk» encontramos la exigencia de libertad de expresión y libertad de publicación para los anarquistas, esto solo demuestra que los kronstadtianos de 1921 habían conservado sus ideas y tradiciones anteriores a octubre.

Antes de octubre, tanto los bolcheviques como los anarquistas tenían una influencia considerable en Kronstadt. En el verano de 1917, en una reunión del Soviet de Petrogrado,

Trotsky había podido responder al líder menchevique Tseretelli: «Sí, los kronstadtianos son anarquistas. Pero durante la etapa final de la Revolución, los reaccionarios que ahora los incitan a exterminar Kronstadt estarán preparando cuerdas para ahorcarlos a ustedes y a nosotros. Y serán los kronstadtenses quienes lucharán hasta el final para defendernos».

Los anarquistas eran bien conocidos en Kronstadt como revolucionarios. Por eso los rebeldes, cuando hablaban de abrir las puertas de los soviets a diferentes tendencias socialistas, habían pensado primero en los anarquistas, así como en los socialistas revolucionarios de izquierda. Las demandas más importantes de la resolución de Petropávlovsk eran las que reclamaban derechos democráticos para los trabajadores y los campesinos que no explotaban el trabajo de otros, y la demanda de abolir el monopolio de la influencia del Partido. Estas demandas formaban parte del programa de otras tendencias socialistas, ya reducidas a la ilegalidad. Los anarquistas estaban de acuerdo con estas demandas y no eran los únicos que las planteaban.

Por otra parte, los kronstadtianos insistían repetidamente en que estaban «a favor del poder soviético». Se sabía que una pequeña minoría de libertarios rusos (los «anarquistas soviéticos») apoyaba la idea de una estrecha colaboración con los soviets, que ya estaban integrados en la maquinaria estatal. Por otro lado, el movimiento makhnovista (que no era exclusivamente anarquista, aunque estaba bajo la fuerte influencia personal de Makhno, anarquista desde los 16 años) no hablaba del «poder soviético» como algo que debiera defenderse. Su lema era «soviets libres», es decir, soviets en los que pudieran coexistir diferentes tendencias políticas, sin estar investidos del poder estatal.

Los kronstadtianos creían que los sindicatos tenían un papel importante que desempeñar. Esta idea no era en absoluto exclusiva de los anarquistas. La compartían los socialistas revolucionarios de izquierda y la Oposición Obrera (Kollontai y Chliapnikov) dentro del propio Partido Comunista. Más tarde, otras tendencias comunistas opositoras (como los sapronovistas) la adoptarían. En resumen, la idea era el sello distintivo de todos aquellos que buscaban salvar la Revolución Rusa a través de la democracia proletaria y de la oposición al monopolio del partido único que había comenzado a dominar y que ahora estaba reemplazando a todas las demás tendencias.

Podemos concluir diciendo que el anarquismo influyó en la insurrección de Kronstadt en la medida en que defendía la idea de la democracia proletaria.

Los mencheviques

Los mencheviques nunca habían tenido mucho peso entre los marineros. El número de diputados mencheviques en el Soviet de Kronstadt no guardaba relación real con su influencia en la flota. Los anarquistas, que tras las segundas elecciones solo contaban con tres o cuatro diputados en el Soviet, gozaban de una popularidad mucho mayor. Esta situación paradójica se debía a la falta de organización entre los anarquistas y también al hecho de que, en 1917, las diferencias entre el bolchevismo y el anarquismo eran apenas perceptibles para las masas. Muchos anarquistas de la época veían el bolchevismo como una especie de marxismo bakuninizado.

Los mencheviques —al menos su facción oficial—, aunque fundamentalmente hostiles al bolchevismo, no estaban a favor de una lucha armada contra el poder estatal. Por ello, se mostraban hostiles a la intervención armada. Intentaban desempeñar el papel de oposición legal tanto en los soviets como en los sindicatos. Opuestos tanto a la dictadura del proletariado como a la dictadura de un solo partido y convencidos de que Rusia aún se enfrentaba a una etapa de desarrollo capitalista, consideraban que las intervenciones armadas solo impedirían que las fuerzas democráticas de Rusia se establecieran. Esperaban que, una vez terminada la lucha armada, el régimen se viera obligado a seguir un curso de transformación democrática.

El 7 de marzo de 1921, durante la insurrección de Kronstadt, el Comité clandestino de Petrogrado de los mencheviques publicó el siguiente folleto: «A los trabajadores, soldados rojos y cursantes de Petrogrado. ¡Detengan la matanza!

Las armas retumban y los comunistas que dicen ser un partido obrero están disparando contra los marineros de Kronstadt.

No conocemos todos los detalles de lo que ha ocurrido en Kronstadt. Pero sí sabemos que los kronstadtianos han pedido elecciones libres a los soviets y la liberación de los socialistas detenidos y de los trabajadores y soldados no afiliados a ningún partido que han sido arrestados. Han convocado para el 10 de marzo una conferencia no partidista de trabajadores, soldados rojos y marineros para discutir la crítica situación de la Rusia soviética.

Un auténtico poder obrero debería haber sido capaz de aclarar las causas reales de los acontecimientos de Kronstadt. Debería haber discutido las cosas abiertamente con los trabajadores y marineros de Kronstadt, ante toda la clase obrera de Rusia. En cambio, los bolcheviques han proclamado el estado de sitio y han ametrallado a los soldados y marineros.

Camaradas, no podemos, no debemos quedarnos sentados escuchando el sonido de las armas. Cada salva puede destruir docenas de vidas humanas. Debemos intervenir y poner fin a esta masacre.

Insistamos en que se ponga fin de inmediato a las operaciones militares contra los marineros y trabajadores de Kronstadt. Insistamos en que el Gobierno inicie negociaciones inmediatas con Kronstadt, con la participación de los delegados de las fábricas de Petrogrado. Elijamos de inmediato a los delegados que participarán en estas discusiones. ¡Detengamos la matanza!».

El Comité Central de los mencheviques también había

publicado un folleto. En él se proclamaba que «lo necesario no era una política de violencia hacia el campesinado, sino una política de conciliación con él. El poder debía estar realmente en manos de las masas trabajadoras. Para ello, era esencial celebrar nuevas elecciones libres a los soviets. Lo que se necesitaba era esa democracia obrera de la que tanto se hablaba, pero de la que no se veía ni el más mínimo rastro».

Sozialistitchenski Vestnik, órgano oficial de la socialdemocracia rusa (publicado en el extranjero), evaluó la insurrección de Kronstadt de la siguiente manera: «Son precisamente las propias masas, que hasta ahora habían apoyado al bolchevismo, las que ahora han tomado la iniciativa en una lucha decisiva contra el régimen actual». El periódico consideraba que las consignas de Kronstadt eran mencheviques y añadía que los mencheviques «tenían aún más motivos para alegrarse, dado que su partido no había desempeñado ningún papel en la insurrección, dada la ausencia total de cualquier organización menchevique en la flota».

Martov, el líder del menchevismo ruso, ya se encontraba fuera de Rusia. En un artículo publicado en Freiheit el 1 de mayo de 1921, negaba que los mencheviques o los socialrevolucionarios hubieran participado en la insurrección. En su opinión, la iniciativa partía de los marineros que rompían con el Partido Comunista a nivel organizativo, pero no a nivel de principios.

Poukhov cita otro folleto firmado por uno de los numerosos grupos mencheviques. Decía: «¡Abajo las mentiras de la contrarrevolución! ¿Dónde están los verdaderos contrarrevolucionarios? Son los bolcheviques, los comisarios, los que hablan del «poder soviético». Contra ellos se

está levantando la verdadera revolución. Debemos apoyarla. Debemos acudir al rescate de Kronstadt. Nuestro deber es ayudar a Kronstadt. ¡Viva la Revolución! ¡Viva la Asamblea Constituyente!». El Comité Central menchevique rechazó toda responsabilidad por las consignas propuestas por esos grupos disidentes.

Los socialistas revolucionarios de derecha

La convocatoria de la Asamblea Constituyente fue el tema central de la propaganda de los socialistas revolucionarios de derecha. En Revolutsionaya Rossiya, el órgano de su partido (que en marzo de 1921 se publicaba en el extranjero), Víctor Tchernov, expresidente de la disuelta Asamblea Constituyente y líder de los socialistas revolucionarios de derecha, escribió «Todos aquellos que quieran encontrar una salida a la repugnante y sangrienta dictadura bolchevique, todos aquellos que deseen seguir el camino de la libertad deben levantarse en torno a Kronstadt y acudir en su ayuda. La corona de la democracia debe ser la Asamblea Constituyente».

Tchernov era plenamente consciente de que en el número 6 de Kronstadt Isvestia los marineros rebeldes habían escrito: «Los obreros y los campesinos seguirán adelante. Dejarán atrás la Utchred-Nika (forma peyorativa para referirse a la Asamblea Constituyente) y su régimen burgués. También dejarán atrás la dictadura del Partido Comunista con sus chekas y su capitalismo de Estado, que ha agarrado a las masas por el cuello y amenaza con estrangularlas». Cuando Tchernov comentó estas líneas de los kronstadtianos, las atribuyó a una supervivencia ideológica de la influencia bolchevique del pasado.

Por su temperamento personal y político, Tchernov se oponía diametralmente a los mencheviques. Junto con sus amigos políticos, lanzó un apasionado llamamiento a los

marineros.

«Los bolcheviques mataron la causa de la libertad y la democracia cuando contrapusieron, en la mente popular, la idea de los soviets a la idea de la Asamblea Constituyente. En lugar de ver a los soviets como un apoyo a la Asamblea Constituyente, como un poderoso vínculo entre la Asamblea y el país, los enfrentaron a la Asamblea y, con ello, acabaron tanto con los soviets como con la Asamblea. Esto es lo que deben comprender, trabajadores, soldados y marineros engañados. Dejen que su consigna «elecciones libres a los soviets» resuene como una llamada a la marcha de los soviets hacia la Asamblea Constituyente».

Tchernov fue aún más lejos. Desde un barco privado envió el siguiente mensaje de radio al Comité Revolucionario Provisional: «El presidente de la Asamblea Constituyente, Víctor Tchernov, envía un saludo fraternal a los heroicos compañeros marineros, soldados y obreros que, por tercera vez desde 1905, se están sacudiendo el yugo de la tiranía. Actuando como intermediario, propone, con la ayuda de las organizaciones cooperativas rusas que se encuentran ahora en el extranjero, enviar hombres para garantizar la alimentación de Kronstadt. Hágame saber qué necesita y cuánto necesita. Estoy dispuesto a acudir personalmente y poner tanto mis fuerzas como mi autoridad a disposición de la revolución popular. Tengo confianza en la victoria final del pueblo trabajador. Desde todos los rincones nos llegan noticias de que las masas están preparadas y dispuestas a levantarse en nombre de la Asamblea Constituyente. No caigan en la trampa de negociar con los bolcheviques. Solo entrarán en esas negociaciones para ganar tiempo y concentrar alrededor de Kronstadt a las formaciones del cuerpo militar soviético privilegiado en las que pueden confiar. Gloria a

quienes fueron los primeros en izar la bandera de la liberación popular. Abajo el despotismo tanto de la derecha como de la izquierda. Viva la libertad y la democracia».

Al mismo tiempo, se envió un segundo llamamiento a Kronstadt por mensajero especial, de parte de la «delegación en el extranjero del Partido Socialista Revolucionario»: «El Partido se ha abstenido de cualquier tipo de golpismo. En Rusia ha frenado últimamente los estallidos de ira popular, al tiempo que ha intentado con frecuencia, mediante la presión de la opinión de los trabajadores y los campesinos, obligar a los dictadores del Kremlin a ceder a las demandas del pueblo. Pero ahora que la ira popular se ha desbordado, ahora que la bandera de la revolución popular ha sido izada con orgullo sobre Kronstadt, nuestro partido ofrece a los rebeldes la ayuda de todas las fuerzas que puede reunir en la lucha por la libertad y la democracia. Los esenxistas están dispuestos a compartir vuestro destino y a vencer o morir en vuestras filas. Decidnos cómo podemos ayudaros. ¡Viva la revolución popular! ¡Vivan los soviets libres y la Asamblea Constituyente!».

A estas propuestas concretas, Tchernov recibió, el 3 de marzo de 1921, la siguiente respuesta por radio: «El Comité Revolucionario Provisional de la ciudad de Kronstadt ha recibido los saludos del camarada Tchernov, enviados desde Reval. A todos nuestros hermanos en el extranjero les expresamos nuestra gratitud por su simpatía. Agradecemos al camarada Tchernov sus sugerencias, pero le pedimos que no venga por el momento hasta que se haya aclarado el asunto. Por el momento, tomamos nota de su propuesta».

Firmado: Petrichenko, presidente del Comité Revolucionario Provisional.

Los bolcheviques afirman que el Comité Revolucionario Provisional consintió en principio la llegada de Tchernov. También afirman que Tchernov condicionó su oferta de enviar provisiones a Kronstadt a que los rebeldes lanzaran la consigna de la Asamblea Constituyente. El 20 de marzo de 1921, el comunista Komarov declaró en una reunión del Soviet de Petrogrado que el Comité Revolucionario Provisional había pedido a Tchernov que esperara 12 días, tiempo durante el cual la situación alimentaria en Kronstadt habría llegado a tal punto que sería posible lanzar la consigna solicitada por los eseristas. Komarov afirmó que esta información se había obtenido durante el interrogatorio de Perepelkin, miembro del Comité Revolucionario Provisional que había caído en manos bolcheviques. Se alegó incluso que Perepelkin había dicho que el presidente del Comité Revolucionario Provisional había enviado en secreto una respuesta positiva a Tchernov.

El marinero Perepelkin fue fusilado y sus «confesiones» no pueden verificarse. Pero en la cárcel, justo antes, se había reunido con el menchevique Dan y no le había mencionado nada al respecto, aunque durante sus períodos de ejercicio conjunto Perepelkin había proporcionado a Dan muchos detalles sobre la insurrección. Uno se ve llevado a creer que ya en 1921 la «justicia» bolchevique sabía cómo fabricar confesiones.

En un artículo publicado en enero de 1926 en Znamia Borby, órgano de los socialistas revolucionarios de izquierda, Petrichenko, presidente del Comité Revolucionario Provisional, confirma la respuesta dada a Tchernov por el comité. Explica que el propio Comité no podía ocuparse de esta cuestión. Propuso remitir el problema al soviet recién elegido. Petrichenko añade: «Estoy describiendo las cosas

tal y como sucedieron en realidad, independientemente de mi propia opinión política». En cuanto a Tchernov, niega haber impuesto condiciones a los rebeldes. Afirma abiertamente haber apoyado la consigna de la Asamblea Constituyente, «convencido de que tarde o temprano los rebeldes la habrían adoptado».

Los socialistas revolucionarios de izquierda

En el número de junio de 1921 de su periódico Znamia, publicado en el extranjero, los eseristas de izquierda esbozaban así su programa: «El objetivo esencial del Partido Eserista de Izquierda (internacionalista) es la reconstitución de los soviets y la restauración del auténtico poder soviético... Nuestro objetivo es el restablecimiento permanente de la Constitución violada de la República Soviética, tal y como fue aprobada el 10 de junio de 1918 en el V Congreso Panruso de Soviets... El campesinado, que es la columna vertebral de la población trabajadora de Rusia, debe tener derecho a decidir su destino... Otra exigencia esencial es el restablecimiento de la actividad autónoma y la libre iniciativa de los trabajadores de las ciudades. No se puede exigir un trabajo intensivo a hombres que se mueren de hambre y están medio muertos. Primero hay que alimentarlos y, para ello, es esencial coordinar los intereses de los trabajadores y los campesinos».

El espíritu de la Resolución «Petropávlovsk» es, sin duda, muy cercano al del programa de los socialistas revolucionarios de izquierda. Sin embargo, estos últimos niegan su participación en la insurrección. En el mismo número de Znamia, uno de sus corresponsales en Moscú escribe: «En Kronstadt no había ni un solo representante responsable del populismo de izquierda. Todo el movimiento se desarrolló sin nuestra participación. Al principio estuvimos al margen, pero, no obstante, su perspectiva era esencialmente popu-

lista de izquierda. Sus consignas y sus objetivos morales son muy cercanos a los nuestros».

Con el deseo de establecer la verdad histórica, citaremos ahora otros dos testimonios autorizados, el de Lenin y el del marinero Petrichenko, uno de los líderes de la insurrección.

Las opiniones de Lenin

En su artículo «El impuesto en especie», esto es lo que Lenin dice sobre Kronstadt: «En la primavera de 1921, principalmente como resultado del fracaso de la cosecha y la muerte del ganado, la situación del campesinado, que ya era extremadamente mala como consecuencia de la guerra y el bloqueo, empeoró considerablemente. Esto dio lugar a una vacilación política que, en términos generales, expresa la propia «naturaleza» del pequeño productor. La expresión más llamativa de esta vacilación fue el motín de Kronstadt... Había muy pocas cosas que estuvieran completamente formadas, claras y definidas. Oímos consignas nebulosas sobre «libertad», «libre comercio», «emancipación de la servidumbre», «soviets sin bolcheviques», o nuevas elecciones a los soviets, o alivio de la «dictadura del partido», etcétera, etcétera. Tanto los mencheviques como los socialistas revolucionarios declararon que el movimiento de Kronstadt era «suyo».

Víctor Chernov envió un mensajero a Kronstadt: a propuesta de este mensajero, el menchevique Valk, uno de los líderes de Kronstadt, votó a favor de la «Constituyente». En un instante, con la velocidad de la radiotelegrafía, se podría decir, los guardias blancos movilizaron todas sus fuerzas «para Kronstadt». Los expertos militares de la Guardia Blanca en Kronstadt, varios expertos, y no solo Kozlovsky, elaboraron un plan para el desembarco de fuerzas en Oranienbaum, un plan que asustó a las vacilantes masas mencheviques-socialistas-revolucionarias no afiliadas a ningún partido.

Más de cincuenta periódicos rusos de la Guardia Blanca

publicados en el extranjero están llevando a cabo una furiosa campaña «por Kronstadt». Los grandes bancos, todas las fuerzas del capital financiero, están recaudando fondos para ayudar a Kronstadt. El sabio líder de la burguesía y los terratenientes, el cadete Milyukov, está explicando pacientemente al tonto Víctor Chernov directamente (y a Dan y Rozhkov, que están en la cárcel de Petrogrado por su conexión con los mencheviques de Kronstadt, indirectamente) que no deben apresurarse con su Constituyente y que pueden y deben apoyar a los soviets solo sin los bolcheviques.

«Por supuesto, es fácil ser más inteligente que tontos engreídos como Chernov, el héroe de las frases pequeñoburguesas, o como Martov, el caballero del reformismo filisteo pintado para parecer «marxismo». En realidad, la cuestión no es que Miliukov, como individuo, sea más inteligente, sino que, debido a su posición de clase, el líder del partido de la gran burguesía ve y comprende la esencia de clase y la interacción política de las cosas con mayor claridad que los líderes de la pequeña burguesía, los Chernov y los Martov. La burguesía es realmente una fuerza de clase que gobierna inevitablemente bajo el capitalismo, tanto en una monarquía como en la república más democrática, y que también goza inevitablemente del apoyo de la burguesía mundial.

«Pero la pequeña burguesía, es decir, todos los héroes de la Segunda Internacional y de la Internacional «dos y medio», no pueden, por la propia naturaleza económica del caso, ser otra cosa que la expresión de la impotencia de clase; de ahí la vacilación, las frases y la impotencia...

Cuando Martov declaró en su Diario de Berlín que Kronstadt no solo adoptó consignas mencheviques, sino que también demostró que era posible un movimiento an-

tibolchevique que no sirviera enteramente a los intereses de los guardias blancos, los capitalistas y los terratenientes, dio un ejemplo de narciso filisteo engreído. En efecto, dijo: «¡Cerremos los ojos ante el hecho de que todos los verdaderos guardias blancos saludaron a los amotinados de Kronstadt y recaudaron fondos a través de los bancos para ayudar a Kronstadt!». Kilyukov tiene razón en comparación con los Chernov y los Martov, ya que propone tácticas reales para una fuerza blanca real, la fuerza de los capitalistas y los terratenientes. En efecto, dice: «No importa a quién apoyemos, ni siquiera a los anarquistas, ni a ningún tipo de gobierno soviético, siempre y cuando se derrote a los bolcheviques, siempre y cuando se pueda llevar a cabo el cambio de poder. No importa si es a la derecha o a la izquierda, a los mencheviques o a los anarquistas, siempre y cuando el poder se aleje de los bolcheviques». En cuanto al resto, «nosotros», los Miliúkov, daremos una buena paliza a los anarquistas, a los Chernov y a los Martov, y los echaremos como se hizo con Chernov y Maisky en Siberia, con los Chernov y Martov húngaros en Hungría, con Kautsky en Alemania y con Friedrich Adler y compañía en Viena. La burguesía real y práctica engañó a cientos de estos narcisos filisteos: los mencheviques, los socialistas revolucionarios y los independientes, y los expulsó decenas de veces en todas las revoluciones de todos los países. Así lo demuestra la historia. Así lo corroboran los hechos. Los narcisos parlotearán; los Miliúkov y los guardias blancos actuarán...

«Los acontecimientos de la primavera de 1921 revelaron una vez más el papel de los socialistas revolucionarios y los mencheviques: están ayudando al elemento pequeñoburgués vacilante a retroceder ante los bolcheviques, a provocar un «cambio de poder» en beneficio de los capitalistas y los

terratenientes. Los mencheviques y los socialistas revolucionarios han aprendido ahora a disfrazarse de «apartidistas».

El testimonio de Petrichenko

Por último, citaremos los pasajes principales del testimonio de Petrichenko, tal y como se publicó en su artículo en el periódico izquierdista Znamia Borby, en enero de 1926: «He leído las cartas intercambiadas entre la organización izquierdista y los comunistas británicos. En esta correspondencia se plantea la cuestión de la insurrección de Kronstadt de 1921...

Como fui presidente [del Comité Revolucionario Provisional], considero que es mi obligación moral arrojar algo de luz sobre estos acontecimientos en beneficio del Buró Político del Partido Comunista Británico. Sé que ustedes obtienen su información de Moscú. También sé que esta información es parcial y sesgada. No estaría mal que se les mostrara la otra cara de la moneda...

Ustedes mismos han admitido que la insurrección de Kronstadt de 1921 no fue inspirada desde el exterior. Este reconocimiento implica que la paciencia de las masas trabajadoras, los marineros, los soldados rojos, los obreros y los campesinos había llegado a su límite.

La ira popular contra la dictadura del Partido Comunista —o más bien contra su burocracia— tomó la forma de una insurrección. Así es como se derramó sangre preciosa. No se trataba de diferencias de clase o de casta. Había trabajadores a ambos lados de las barricadas. La diferencia radicaba en el hecho de que los hombres de Kronstadt marchaban adelante conscientemente y por su propia voluntad, mientras que los que los atacaban habían sido engañados

por los líderes del Partido Comunista y algunos incluso actuaban en contra de sus propios deseos. Puedo decirles aún más: ¡a los kronstadtianos no les gustaba tomar las armas y derramar sangre!

«¿Qué sucedió entonces para obligar a los kronstadtianos a hablar el lenguaje de las armas con los jefes del Partido Comunista, que se atrevían a llamarse a sí mismos «Gobierno de Obreros y Campesinos»?

Los marineros de Kronstadt habían participado activamente en la creación de dicho gobierno. Lo habían protegido contra todos los ataques de la contrarrevolución. No solo protegieron las puertas de Petrogrado, el corazón de la revolución mundial,

sino que también formaron destacamentos militares para los innumerables frentes contra los guardias blancos, empezando por Kornilov y terminando por los generales Youdienitch y Neklioudov.

«Se les pide que crean que estos mismos kronstadtianos se habían convertido de repente en enemigos de la Revolución. El «Gobierno Obrero y Campesino» denunció a los rebeldes de Kronstadt como agentes de la Entente, como espías franceses, como partidarios de la burguesía, como esenxistas, como mencheviques, etc., etc. Es sorprendente que los hombres de Kronstadt se convirtieran de repente en enemigos peligrosos justo cuando había desaparecido el peligro real de los generales de la contrarrevolución armada, justo cuando había que abordar la reconstrucción del país, justo cuando la gente pensaba en saborear los frutos de octubre , justo cuando se trataba de mostrar las cosas tal como eran, de mostrar el bagaje político de cada uno

(es decir, cuando ya no se trataba de hacer promesas, sino de cumplirlas). La gente comenzaba a hacer balance de los logros revolucionarios. No nos habíamos atrevido a soñar con ello durante la Guerra Civil. Sin embargo, fue precisamente en ese momento cuando los hombres de Kronstadt fueron considerados enemigos. ¿Qué delito había cometido Kronstadt contra la revolución?

«Al apaciguarse la Guerra Civil, los trabajadores de Petrogrado consideraron que tenían derecho a recordar al Soviet de esa ciudad que había llegado el momento de recordar su difícil situación económica y pasar de un régimen de guerra a un régimen de paz.

El Soviet de Petrogrado consideró que esta demanda inofensiva y esencial era contrarrevolucionaria. No solo permaneció sordo y mudo ante estas reivindicaciones, sino que comenzó a recurrir a registros domiciliarios y detenciones de trabajadores, declarándolos espías y agentes de la Entente. Estos burócratas se corrompieron durante la Guerra Civil, en un momento en que nadie se atrevía a resistirse a ellos. No se habían dado cuenta de que la situación había cambiado.

Los trabajadores respondieron recurriendo a la huelga. La furia del Soviet de Petrogrado se convirtió entonces en la furia de un animal salvaje. Con la ayuda de sus oprichniki, mantuvo a los trabajadores hambrientos y agotados. Los sometió a un control férreo, obligándolos a trabajar mediante todo tipo de coacciones. Los soldados y marineros rojos, a pesar de su simpatía por los trabajadores, no se atrevieron a levantarse en su defensa. Pero esta vez el Gobierno de los «trabajadores» y «campesinos» se desmoronó en Kronstadt. Con cierto retraso, Kronstadt se enteró de la verdadera si-

tuación en Petrogrado.

Por lo tanto, tienen razón, camaradas británicos, cuando dicen que la revuelta de Kronstadt no fue el resultado de las actividades de una persona en particular.

Además, ¡me gustaría que supieran más sobre el supuesto apoyo a Kronstadt de organizaciones contrarrevolucionarias extranjeras y rusas! Repito una vez más que el levantamiento no fue provocado por ninguna organización política. Dudo que existieran siquiera en Kronstadt. La revuelta estalló de forma espontánea. Expresaba los deseos de las propias masas, tanto de la población civil como de la guarnición. Esto se ve en las resoluciones adoptadas y en la composición del Comité Revolucionario Provisional, donde no se detecta la influencia dominante de ningún partido antisoviético. Según los kronstadtianos, todo lo que ocurrió o se hizo allí fue dictado por las circunstancias del momento. Los rebeldes no depositaron su confianza en nadie. Ni siquiera la depositaron en manos del Comité Revolucionario Provisional, ni en manos de las asambleas de delegados, ni en manos de las reuniones, ni en ningún otro lugar. No había duda al respecto. El Comité Revolucionario Provisional nunca intentó nada en este sentido, aunque podría haberlo hecho. La única preocupación del Comité era aplicar estrictamente los deseos del pueblo. ¿Era eso bueno o malo? No puedo juzgarlo.

«La verdad es que las masas dirigían al Comité y no al revés. Entre nosotros no había figuras políticas conocidas, de las que ven todo con tres arquines (una medida de longitud rusa) de profundidad y saben todo lo que hay que hacer y cómo sacar el máximo partido de cada situación. Los kronstadtianos actuaron sin planes ni programas pre-

determinados, avanzando a tientas según las circunstancias y en el contexto de las resoluciones que habían adoptado. Estábamos aislados del mundo entero. No sabíamos lo que ocurría fuera de Kronstadt, ni en Rusia ni en el extranjero. Es posible que algunos hayan elaborado sus propios planes para nuestra insurrección, como suele ocurrir. Estaban perdiendo el tiempo. Es inútil especular sobre lo que habría pasado si las cosas hubieran evolucionado de otra manera, ya que el giro de los acontecimientos podría haber sido muy diferente de lo que esperábamos. Una cosa es segura: los kronstadtianos no querían que la iniciativa se les escapara de las manos.

«En sus publicaciones, los comunistas nos acusan de aceptar una oferta de alimentos y medicinas de la Cruz Roja rusa en Finlandia. Admitimos que no vimos nada malo en aceptar dicha oferta. Tanto el Comité Revolucionario Provisional como la asamblea de delegados estuvieron de acuerdo. Consideramos que la Cruz Roja era una organización filantrópica que nos ofrecía una ayuda desinteresada que no podía hacernos ningún daño. Cuando decidimos permitir la entrada de la delegación de la Cruz Roja en Kronstadt, los llevamos con los ojos vendados a nuestro cuartel general. En nuestra primera reunión les informamos de que aceptábamos con gratitud su oferta de ayuda como procedente de una organización filantrópica, pero que nos considerábamos libres de cualquier compromiso con ellos. Aceptamos su petición de dejar un representante permanente en Kronstadt para supervisar la distribución regular a las mujeres y los niños de las raciones que se proponían enviarnos.

Su representante, un oficial naval retirado llamado Vilken, permaneció en Kronstadt. Lo alojaron en un departamento vigilado permanentemente y no podía salir sin nues-

tro permiso. ¿Qué peligro podía representar este hombre? Lo único que podía ver era la determinación de la guarnición y de la población civil de Kronstadt. ¿Era esta la «ayuda de la burguesía internacional»? ¿O acaso esta ayuda residía en el hecho de que Víctor Tchernov nos había enviado sus saludos? ¿Era este el «apoyo tanto de la contrarrevolución rusa como de la internacional»? ¿De verdad pueden creer que los hombres de Kronstadt estaban dispuestos a lanzarse a los brazos de cualquier partido antisoviético? Recuerden que cuando los rebeldes se enteraron de que la derecha estaba empezando a tramar planes sobre su insurrección, no dudaron en advertir a los trabajadores al respecto. Recuerden el artículo del 6 de marzo en el Kronstadt Isvestia, titulado «Caballeros o camaradas».

Kronstadt: último levantamiento de los soviets

«... este lujo era realmente absolutamente inadmisible. Al permitir (sic!) tal discusión (sobre los sindicatos), sin duda cometimos un error y no nos dimos cuenta de que en esta discusión se puso de relieve una cuestión que, debido a las condiciones objetivas, no debería haber estado en primer plano...».

Lenin. Informe al X Congreso del Partido, 8 de marzo de 1921. Obras escogidas, vol. IX, p.90.

«Lo que exigían los rebeldes de Kronstadt era solo lo que Trotsky había prometido a sus hermanos mayores y lo que él y el Partido no habían podido darles. Una vez más, un eco amargo y hostil de su propia voz le llegó de boca de otras personas, y una vez más tuvo que reprimirlo».

Isaac Deutscher, El profeta armado, pág. 512-3

Las acusaciones de Trotsky

Teniendo todo en cuenta, ¿qué fue el levantamiento de Kronstadt? ¿Fue una insurrección contrarrevolucionaria? ¿Fue una revuelta sin objetivos contrarrevolucionarios conscientes, pero que estaba destinada a abrir las puertas a la contrarrevolución? ¿O fue simplemente un intento de las masas trabajadoras de materializar algunas de las promesas de octubre? ¿Era inevitable la revuelta? ¿Y era también inevitable el sangriento final al que llegó? Concluiremos tratando de responder a estas preguntas.

Las acusaciones formuladas contra Kronstadt por los bolcheviques en 1921 son exactamente las mismas que las mencionadas más tarde por el historiador estalinista Poukhov en su libro publicado en 1931. Trotsky las repitió. Los trotskistas las siguen repitiendo hoy en día.

Sin embargo, la actitud de Trotsky sobre esta cuestión siempre fue algo incómoda y torpe. Lanzaba sus acusaciones con cuentagotas en lugar de proclamarlas de una vez por todas. En 1937, cuando habló de Kronstadt por primera vez por escrito (en sus libros sobre la Revolución Rusa casi nunca abordó el tema), comienza diciendo que «el país pasaba hambre y los marineros de Kronstadt exigían privilegios. El motín estaba motivado por su deseo de obtener raciones privilegiadas». Los hombres de Kronstadt nunca plantearon tal exigencia. En sus escritos posteriores, Trotsky, sin duda tras haberse informado más sobre el tema, abandonó esta acusación concreta. Sin embargo, lo cierto es que comenzó sus acusaciones públicas con una mentira.

En un artículo publicado en el periódico belga Lutte Ouvrière (26 de febrero de 1938), Trotsky escribió: «Desde un punto de vista de clase, que —sin ofender a los eclécticos— sigue siendo el criterio fundamental tanto en política como en historia, es extremadamente importante comparar la conducta de Kronstadt con la de Petrogrado durante esos días críticos. En Petrogrado también se había eliminado a toda la capa dirigente de la clase obrera. El hambre y el frío reinaban en la capital abandonada, incluso con más crueldad que en Moscú... El periódico de los rebeldes de Kronstadt hablaba de barricadas en Petrogrado, de miles de personas asesinadas. La prensa de todo el mundo anunciaba lo mismo. En realidad, ocurrió exactamente lo contrario. El levantamiento de Kronstadt no atrajo a los trabajadores de Petrogrado. Los repelió. La demarcación se produjo según líneas de clase. Los trabajadores sintieron inmediatamente que los rebeldes de Kronstadt estaban al otro lado de la barricada y dieron su apoyo al Gobierno».

Una vez más, Trotsky dice cosas que son totalmente falsas. Anteriormente mostramos cómo había comenzado la ola de huelgas en Petrogrado y cómo Kronstadt había seguido su ejemplo. Fue contra los huelguistas de Petrogrado contra quienes el Gobierno tuvo que organizar un Estado Mayor especial: el Comité de Defensa. La represión se dirigió primero contra los trabajadores de Petrogrado y contra sus manifestaciones, mediante el envío de destacamentos armados de Koursantys.

Pero los trabajadores de Petrogrado no tenían armas. No podían defenderse como lo hicieron los marineros de Kronstadt. La represión militar dirigida contra Kronstadt ciertamente intimidó a los trabajadores de Petrogrado. La demarcación no se produjo «según líneas de clase», sino se-

gún las respectivas fuerzas de los órganos de represión. El hecho de que los trabajadores de Petrogrado no siguieran a los de Kronstadt no prueba que no simpatizaran con ellos. Tampoco, en una fecha posterior, cuando el proletariado ruso no siguió a las diversas «oposiciones», esto probó que estuvieran de acuerdo con Stalin. En tales casos se trataba de la fuerza respectiva de las fuerzas que se enfrentaban.

No prueba que no simpatizaran con ellos. Tampoco, más tarde, cuando el proletariado ruso no siguió a las diversas «oposiciones», esto probó que estuvieran de acuerdo con Stalin. En tales casos se trataba de una cuestión de las respectivas fuerzas de los bandos enfrentados.

En el mismo artículo, Trotsky repite sus argumentos sobre el agotamiento de Kronstadt, desde el punto de vista revolucionario. Afirma que, mientras que los marineros de Kronstadt de 1917 y 1918 estaban ideológicamente a un nivel mucho más alto que el Ejército Rojo, en 1921 ocurría lo contrario. Este argumento es refutado por documentos oficiales del Ejército Rojo. Estos admiten que el estado de ánimo de Kronstadt había contagiado a amplios sectores del ejército.

Trotsky denuncia a quienes lo atacan por Kronstadt por lo tardío de sus críticas. «La campaña en torno a Kronstadt», dice, «se lleva a cabo, en ciertos lugares, con una energía implacable. Se podría imaginar que los acontecimientos tuvieron lugar ayer y no hace diecisiete años». Pero diecisiete años es un período muy corto, en cualquier escala histórica. No aceptamos que hablar de Kronstadt sea «evocar los días de los faraones egipcios». Además, nos parece lógico buscar algunas de las raíces de la gran catástrofe rusa en este episodio llamativo y sintomático. Al fin y al cabo, tuvo lugar en

una época en la que la represión de los trabajadores rusos no era perpetrada por un Stalin cualquiera, sino por la flor y nata del bolchevismo, por los propios Lenin y Trotsky. Discutir seriamente la revuelta de Kronstadt no es, por lo tanto, como afirma Trotsky, «estar interesado en desacreditar a la única tendencia genuinamente revolucionaria, la única tendencia que nunca ha renegado de su bandera, que nunca se ha comprometido con el enemigo, la única tendencia que representa el futuro».

Durante los diecisiete años siguientes, Trotsky no abandonó su hostilidad hacia los rebeldes. A falta de argumentos, recurre a los chismes. Nos dice que «en Kronstadt, donde la guarnición no hacía nada y solo vivía de su pasado, la desmoralización había alcanzado proporciones importantes. Cuando la situación se volvió particularmente difícil en el hambriento Petrogrado, el Buró Político discutió varias veces si solicitar un préstamo interno a Kronstadt, donde aún quedaban viejas reservas de todo tipo. Pero los delegados de Petrogrado respondían: "No nos darán nada por voluntad propia. Especulan con la tela, el carbón, el pan, porque en Kronstadt toda la vieja escoria ha vuelto a levantar la cabeza».

Este argumento sobre las «antiguas reservas de todo tipo» es de mala fe. Basta recordar el ultimátum lanzado a los kronstadtianos por el Comité de Defensa de Petrogrado el 5 de marzo (mencionado en otra parte): «Estarán obligados a rendirse. Kronstadt no tiene ni pan ni combustible». ¿Qué había sucedido mientras tanto con las mencionadas viejas historias?

Más información sobre este tema proviene del Kronstadt Ivestia. Describe la distribución a los niños de una libra

de papas secas previa presentación de los cupones de racionamiento 5 y 6. El 8 de marzo se distribuyeron cuatro litros de avena para cuatro días, y el 9 de marzo, un cuarto de libra de galletas negras hechas de harina y papa seca en polvo. El 10 de marzo, el Comité Regional de Trabajadores Metalúrgicos decidió poner a disposición de la comunidad la carne de caballo a la que tenían derecho sus miembros. Durante la insurrección también se distribuyó una lata de leche condensada por persona, en una ocasión algunas conservas de carne y, por último (solo a los niños), media libra de mantequilla.

¡Sin duda eso es a lo que Trotsky se refiere como «antiguas reservas de todo tipo»! Según él, estas podrían haberse tomado prestadas para aliviar la gran hambruna rusa. Debemos añadir que, antes de la insurrección, estas «reservas» estaban en manos de funcionarios comunistas y que solo de estas personas dependía el consentimiento al «préstamo» propuesto. El marinero de a pie, que participó en la insurrección, no tenía ningún medio a su alcance para oponerse al préstamo, aunque hubiera querido. Hasta aquí la cuestión de las «reservas», que, de paso, muestra el valor de algunas de las acusaciones utilizadas contra Kronstadt.

Recurrir a tales argumentos en el curso de una discusión seria (y sustituir conscientemente dicha discusión por una polémica sobre la Revolución Española) pone de manifiesto un grave defecto: la ausencia de argumentos válidos sobre el tema entre los bolcheviques (pues Trotsky no es la figura central en la represión de Kronstadt. Lenin y el Politburó dirigieron toda la operación). La Oposición Obrera también debe asumir su parte de responsabilidad. Según el testimonio personal de comunistas extranjeros que residían en Rusia en ese momento, la Oposición Obrera no estaba de

acuerdo con las medidas que se estaban tomando contra los rebeldes. Pero tampoco se atrevió a abrir la boca en defensa de Kronstadt. En el X Congreso del Partido, nadie protestó por la matanza de los rebeldes. El obrero Lutovinov, conocido miembro del Comité Ejecutivo Central de los Soviets y uno de los líderes de la Oposición Obrera, fue enviado a Berlín en marzo de 1921 en misión diplomática (en realidad se trataba de una forma de exilio político). Declaró que: «Las noticias publicadas en el extranjero sobre los acontecimientos de Kronstadt eran muy exageradas. El Gobierno soviético es lo suficientemente fuerte como para acabar con los rebeldes. La lentitud de la operación se explica por el hecho de que queremos perdonar a la población de Kronstadt». (L'Humanité, 18 de marzo de 1921).

Trotsky utiliza otro argumento más contra los rebeldes: los acusa de querer aprovecharse de su pasado revolucionario. Este es un argumento muy peligroso para cualquiera que se oponga. Stalin lo utilizaría contra Trotsky y los viejos bolcheviques. Solo más tarde Stalin los acusó de haber sido, desde el comienzo mismo de la Revolución, agentes de la burguesía internacional. Durante los primeros años de la lucha, reconoció que Trotsky había prestado grandes servicios a la Revolución, pero añadía que posteriormente había pasado a las filas de la contrarrevolución. Había que juzgar a un hombre por lo que hacía en ese momento. Se mencionaba constantemente el ejemplo de Mussolini.

Sin embargo, hay muchas cosas que Trotsky no puede explicar. No puede explicar cómo Kronstadt y toda la Flota Roja llegaron a renunciar a su apoyo ideológico al Gobierno. No puede explicar el estado de ánimo de los elementos comunistas de la Flota durante los debates sobre la cuestión sindical. No puede explicar su actitud durante las elecciones

al VIII Congreso Panruso de los Soviets o durante la Segunda Conferencia Comunista de la Flota Báltica, que tuvo lugar en vísperas de la insurrección. Sin embargo, estos son puntos clave en torno a los cuales debería centrarse el debate. Cuando Trotsky afirma que todos los que apoyaban al gobierno eran genuinamente proletarios y progresistas, mientras que todos los demás representaban la contrarrevolución campesina, tenemos derecho a pedirle que nos presente un análisis factual serio que respalde su afirmación. El desarrollo de los acontecimientos posteriores demostró que la Revolución estaba siendo desviada hacia un camino desastroso. Esto comprometió primero y destruyó después todas sus conquistas sociales, políticas y morales. ¿Representó realmente la revuelta de Kronstadt un intento de guiar la Revolución por nuevos caminos? Esa es la pregunta crucial que hay que plantearse. Otros problemas deben considerarse de importancia secundaria y derivados de esta grave preocupación.

Ciertamente, no fue el aplastamiento de la revuelta de Kronstadt lo que frenó el curso de la Revolución. Por el contrario, en nuestra opinión, fueron los métodos políticos utilizados contra Kronstadt y ampliamente practicados en toda Rusia los que contribuyeron al establecimiento, sobre las ruinas de la Revolución Social, de un régimen oligárquico que no tenía nada en común con las ideas originales de la Revolución.

Las interpretaciones bolcheviques

En 1921, el Gobierno bolchevique afirmó que Kronstadt se había rebelado siguiendo un plan preconcebido. Esta interpretación en particular se basaba en una nota publicada en algunos periódicos franceses (Le Matin, L'Echo de Paris) el 15 de febrero. Esta nota anunciaba el levantamiento y afirmaba que estaba liderado por la Entente.

Este fue el argumento que permitió a Lenin afirmar, en el X Congreso del Partido: «La transferencia del poder político de manos de los bolcheviques a una vaga conglomeración o alianza de elementos heterogéneos que parecen estar solo un poco a la derecha de los bolcheviques, y tal vez incluso a la «izquierda» de los bolcheviques, tan indefinida es la suma de agrupaciones políticas que intentaron tomar el poder en Kronstadt. Sin duda, al mismo tiempo, los generales blancos —todos ustedes lo saben— desempeñaron un papel importante en esto. Esto está plenamente demostrado. Los periódicos de París informaron de un motín en Kronstadt dos semanas antes de que tuvieran lugar los acontecimientos en Kronstadt».

La publicación de noticias falsas sobre Rusia no era nada excepcional. Tales noticias se publicaron antes, durante y después de los acontecimientos de Kronstadt. Es innegable que la burguesía de todo el mundo era hostil a la Revolución Rusa y exageraba cualquier mala noticia que procedía de ese país. La Segunda Conferencia Comunista de la Flota del Báltico acababa de aprobar una rotunda resolución crítica con la dirección política de la Flota. Este hecho pudo haber

sido fácilmente exagerado por la prensa burguesa, confundiendo una vez más los deseos con la realidad. Basar una acusación en una «prueba» de este tipo es inadmisible e inmoral.

En 1938, el propio Trotsky abandonaría esta acusación. Pero en el artículo que ya hemos mencionado, remite a sus lectores a un estudio sobre la rebelión de Kronstadt realizado por el trotskista estadounidense John G. Wright. En un artículo publicado en New International (en febrero de 1938), el Sr. Wright retoma una vez más la afirmación de que la revuelta debió de haber sido planeada de antemano. Teniendo en cuenta que la prensa lo había anunciado el 15 de febrero, afirma: «La conexión entre Kronstadt y la contrarrevolución puede establecerse no solo a partir de las declaraciones de los enemigos del bolchevismo, sino también sobre la base de hechos irrefutables». ¿Qué hechos irrefutables? Una vez más, citas de la prensa burguesa (Le Matin, Vossische Zeitung, The Times) que dieron noticias falsas antes y durante la insurrección.

Es interesante que estos argumentos no se utilizaran mucho en ese momento, durante la batalla, sino solo años más tarde. Si en ese momento el Gobierno bolchevique tenía pruebas de estos supuestos contactos entre Kronstadt y los contrarrevolucionarios, ¿por qué no juzgó públicamente a los rebeldes? ¿Por qué no mostró a las masas trabajadoras de Rusia las «verdaderas» razones del levantamiento? Si no lo hizo fue porque no existían tales pruebas.

También se nos dice que si la Nueva Política Económica se hubiera introducido a tiempo, se habría evitado la insurrección. Pero, como acabamos de demostrar, el levantamiento no se produjo según un plan preconcebido. Nadie

sabía que necesariamente iba a tener lugar. No tenemos ninguna teoría sobre el momento exacto y el desarrollo de los movimientos populares, y es muy posible que, en condiciones económicas y políticas diferentes a las que prevalecían en la primavera de 1921, la insurrección nunca hubiera tenido lugar. Por otra parte, el levantamiento podría haber ocurrido de otra forma, o en otro lugar, por ejemplo, en Nizhni Nóvgorod, donde tuvo lugar un importante movimiento huelguístico, coincidiendo con la gran ola de huelgas en Petrogrado. Las condiciones particulares relacionadas con la flota y el pasado revolucionario de Kronstadt sin duda tuvieron un efecto, pero no se puede estar seguro de cuán significativo fue exactamente ese efecto. Lo mismo se aplica a la afirmación de que «si la NEP se hubiera introducido unos meses antes, no habría habido revuelta en Kronstadt».

Es cierto que la NEP se proclamó al mismo tiempo que se masacraba a los rebeldes. Pero eso no significa en modo alguno que la NEP correspondiera a las demandas planteadas por los marineros. En el Kronstadt Isvestia del 14 de marzo encontramos un pasaje característico sobre este tema. Los rebeldes proclamaron que «Kronstadt no pide libertad de comercio, sino poder real para los soviets». Los huelguistas de Petrogrado también exigían la reapertura de los mercados y la abolición de los bloqueos de carreteras establecidos por la milicia. Pero ellos también afirmaban que la libertad de comercio por sí sola no resolvería sus problemas.

En la medida en que la NEP sustituyó la requisa forzosa de alimentos por el impuesto en especie y restableció el comercio interno, sin duda satisfizo algunas de las demandas de los hombres de Kronstadt y de los trabajadores en huelga de Petrogrado. Con la NEP cesaron el racionamiento

y las confiscaciones arbitrarias. Los pequeños propietarios pudieron vender sus productos en los mercados abiertos, lo que mitigó los efectos de la gran hambruna. La N.E.P. parecía ser, ante todo, una medida de seguridad.

Pero la NEP desató los elementos capitalistas en el país justo en un momento en que la dictadura del partido único dejaba al proletariado y a los campesinos trabajadores sin medios de defensa contra estas fuerzas capitalistas. «La clase que ejerce la dictadura está, de hecho, privada de los derechos políticos más elementales», proclamó La Verdad Obrera, un grupo comunista opositor, en 1922. El Grupo Obrero, otra tendencia opositor, caracterizó la situación de la siguiente manera: «La clase obrera está totalmente privada de derechos, y los sindicatos son un instrumento ciego en manos de los funcionarios».

¡Esto no era ciertamente lo que pedían los rebeldes de Kronstadt! Al contrario. Propusieron medidas que habrían devuelto a la clase obrera y al campesinado su verdadero lugar en el nuevo régimen. Los bolcheviques solo aplicaron las demandas menos importantes del programa de Kronstadt (¡las que ocupaban el undécimo lugar en la resolución de los rebeldes!). Ignoraron totalmente la demanda básica, ¡la demanda de democracia obrera!

Esta exigencia, planteada en la resolución Petropávlovski, no era ni utópica ni peligrosa. Aquí discrepamos con Víctor Serge. En Revolution Proletarienne (del 10 de septiembre de 1937), Serge afirmaba que «mientras los marineros libraban una lucha a muerte, plantearon una exigencia que, en ese momento concreto, era extremadamente peligrosa, aunque totalmente genuina y sinceramente revolucionaria: la exigencia de soviets libremente elegidos... Querían desatar un

tornado purificador, pero en la práctica solo habrían abierto las puertas a la contrarrevolución campesina, de la que se habrían aprovechado los blancos y la intervención extranjera... La insurgencia de Kronstadt no era contrarrevolucionaria, pero su victoria habría conducido inevitablemente a la contrarrevolución». Contrariamente a la afirmación de Serge, creemos que las demandas políticas de los marineros estaban llenas de una profunda sabiduría política. No se derivaban de ninguna teoría abstracta, sino de un profundo conocimiento de las condiciones de vida en Rusia. No eran en absoluto contrarrevolucionarias.

La opinión de Rosa Luxemburg

Vale la pena recordar lo que Rosa Luxemburg, una personalidad política respetada en todo el mundo como una gran militante socialista, había escrito sobre la falta de democracia en la dirección de la Revolución Rusa, ya en 1918.

«Es un hecho incontestable», escribió, «que el gobierno de las amplias masas populares es inconcebible sin una libertad de prensa ilimitada, sin una libertad absoluta de reunión y de asociación... Las gigantescas tareas que los bolcheviques han abordado con valentía y resolución requieren la educación política más intensa de las masas y la acumulación de experiencia, lo cual es imposible sin libertad política. La libertad restringida a quienes apoyan al Gobierno o a los miembros del Partido, por numerosos que sean, no es libertad real. La libertad es siempre libertad para quien piensa de manera diferente. Esto no se debe al fanatismo por la justicia abstracta, sino a que todo lo que es instructivo, saludable y purificador en la libertad política depende de ello y a que la libertad política pierde su valor cuando la libertad se convierte en un privilegio».

«Nunca hemos rendido culto al altar de la democracia formal», continuó. « Siempre hemos distinguido entre el contenido social y la forma política de la democracia burguesa. La tarea histórica a la que se enfrenta el proletariado tras su llegada al poder es sustituir la democracia burguesa por la democracia proletaria, no abolir toda democracia... La dictadura (del proletariado) consiste en la forma en que se aplica la democracia, no en su abolición. Debe ser la ac-

ción de la clase y no de una pequeña minoría, que gestiona las cosas en nombre de la clase... Si se sofoca la vida política en todo el país, se paralizará inevitablemente la vida en los propios soviets. Sin elecciones generales, sin libertad ilimitada de prensa y de reunión, sin libre confrontación de opiniones, la vida se marchitará en todas las instituciones públicas, o será solo una vida ficticia, en la que la burocracia será el único elemento activo».

Nos hemos detenido en estas citas para mostrar que Rosa Luxemburgo, en sus declaraciones sobre la necesidad de la democracia, fue mucho más lejos que los rebeldes de Kronstadt.

Limitaron sus comentarios sobre la democracia a cuestiones de interés para el proletariado y el campesinado trabajador. Además, Rosa Luxemburg formuló sus críticas a la Revolución Rusa en 1918, en pleno periodo de guerra civil, mientras que la resolución de Petropávlovsk se votó en un momento en que la lucha armada había prácticamente llegado a su fin.

¿Alguien se atrevería a acusar a Rosa, basándose en sus críticas, de haber estado en connivencia con la burguesía internacional? ¿Por qué entonces se denuncian las reivindicaciones de los marineros de Kronstadt como «peligrosas» y como algo que conduce inevitablemente a la contrarrevolución? ¿No ha reivindicado ampliamente la evolución posterior de los acontecimientos tanto a los rebeldes de Kronstadt como a Rosa Luxemburg? ¿No tenía razón Rosa Luxemburg cuando afirmaba que la tarea de la clase obrera era ejercer el poder de la clase obrera y no la dictadura de un partido o de una camarilla? Para Rosa Luxemburg, el poder de la clase obrera se definía como «el logro, en una

contienda, del debate más amplio, de la participación más activa e ilimitada de las masas populares en una democracia sin restricciones».

Una tercera revolución soviética

Cuando plantearon sus demandas democráticas, los rebeldes de Kronstadt probablemente nunca habían oído hablar de los escritos de Rosa Luxemburg. Sin embargo, sí habían oído hablar de la primera Constitución de la República Soviética, votada el 10 de julio de 1918 por el V Congreso Panruso de Soviets. Los artículos 13, 14, 15 y 16 de la Constitución garantizaban a todos los trabajadores ciertos derechos democráticos (libertad de culto, libertad de reunión, libertad sindical, libertad de prensa). Estos artículos pretendían impedir la concesión de privilegios especiales a cualquier grupo o partido específico (artículos 22 y 23).

La misma Constitución proclamaba que ningún trabajador podía ser privado del derecho al voto o del derecho a presentarse como candidato, siempre que cumpliera las condiciones estipuladas en los artículos 64 y 65, es decir, siempre que no explotara el trabajo de otros ni viviera de ingresos distintos de los que había ganado.

La reivindicación central de la insurrección de Kronstadt —todo el poder para los soviets y no para el partido— se basaba, de hecho, en un artículo de la Constitución. Este proclamaba que, en adelante, todo el poder central y local estaría precisamente en manos de los soviets.

Desde el principio, esta Constitución fue violada por los bolcheviques, o más bien, sus disposiciones nunca se pusieron en práctica. Vale la pena recordar que las críticas de

Rosa Luxemburg se formularon pocos meses después de la votación de esta nueva carta constitucional. Cuando en 1921 los marineros insistieron en la aplicación genuina de los derechos que habían adquirido en 1918, fueron tildados de «contrarrevolucionarios» y denunciados como «agentes de la burguesía internacional». Dieciséis años más tarde, Victor Serge diría que las demandas de los rebeldes habrían conducido necesariamente a la contrarrevolución. Esto demuestra lo profundas que eran las actitudes bolcheviques con respecto a los peligros de la democracia. Las leyes básicas de la República Soviética constituyen un resumen jurídico de la ideología de la Revolución de Octubre. Al final de la Guerra Civil, estas ideas habían quedado tan relegadas que habría sido necesaria una tercera revolución para restablecerlas y aplicarlas en la vida cotidiana. Esto es lo que querían decir los rebeldes de Kronstadt cuando hablaban de la Tercera Revolución. En el Izvestia de Kronstadt del 8 de marzo escribieron: «En Kronstadt se ha puesto la primera piedra de la Tercera Revolución. Este muro rompe las últimas cadenas que aún atan a las masas trabajadoras y abre nuevos caminos para la creación socialista».

No sabemos si habría sido posible salvar las conquistas de octubre con métodos democráticos. No sabemos si la situación económica del país y su marcado carácter campesino eran realmente adecuados para el primer intento de construir el socialismo. Estos problemas deben ser discutidos. Pero la tarea de quienes buscan la verdad es proclamar los hechos sin adornos. No basta con adoptar un aire científico altivo para explicar los fenómenos históricos.

Cuando Trotsky trató de explicar el desarrollo de la burocracia que había estrangulado toda la vida real en las instituciones del Estado soviético, no tuvo ninguna dificultad en

esbozar su concepción. En La revolución traicionada afirma que una de las causas importantes fue el hecho de que los oficiales desmovilizados del Ejército Rojo habían llegado a ocupar puestos de liderazgo en los soviets locales y habían introducido métodos militares en ellos, en un momento en que el proletariado estaba agotado tras la prolongada agitación revolucionaria. Al parecer, esto condujo al nacimiento de la burocracia. Trotsky omite recordar cómo él mismo trató de introducir precisamente esos métodos en los sindicatos. ¿Fue para ahorrar al proletariado más fatiga? Y si el proletariado estaba tan agotado, ¿cómo es que aún era capaz de llevar a cabo huelgas generales prácticamente totales en las ciudades más grandes y más industrializadas? Y si el Partido seguía siendo realmente la fuerza motriz de la revolución social, ¿cómo es que no ayudó al proletariado en la lucha contra la naciente, pero ya poderosa, burocracia, en lugar de disparar contra los trabajadores, en un momento en que su energía se había visto mermada por tres años de guerra imperialista seguidos de tres años de guerra civil? ¿Por qué el Partido Comunista se identificó con el Estado autoritario? La respuesta es que el Partido ya no era revolucionario. Ya no era proletario. Y esto es precisamente lo que los hombres de Kronstadt reprochaban al Partido. Su mérito es haber dicho todo esto en 1921, cuando aún era posible cambiar la situación, y no haber esperado 15 años, momento en el que la derrota se había vuelto irrevocable.

La burocracia es casi un sello hereditario en Rusia. Es tan antigua como el propio Estado ruso. Los bolcheviques en el poder no solo heredaron la burocracia zarista en sí, sino también su espíritu. Su atmósfera. Deberían haberse dado cuenta de que, a medida que el Estado ampliaba sus funciones para abarcar los asuntos económicos, a medida que se

convertía en propietario de toda la riqueza natural y de la industria, surgiría un peligro inmediato de renacimiento y rápido desarrollo de la mentalidad burocrática.

Un médico que trata a un paciente con una mala herencia lo tiene en cuenta y le aconseja ciertas precauciones. ¿Qué precauciones tomaron los bolcheviques para combatir las tendencias burocráticas que eran evidentes en los primeros años de la Revolución? ¿Qué métodos podrían haber utilizado, aparte de permitir que un poderoso viento democrático soplara en toda la atmósfera y fomentar un control riguroso y eficaz por parte de las masas trabajadoras? Es cierto que se previó alguna forma de control. El problema era que la Inspección del Comisariado de Obreros y Campesinos iba a confiar este control precisamente al tipo de burócrata cuyo poder se pretendía contrarrestar. No hay que ir muy lejos para encontrar las causas de la burocratización. Sus raíces se encontraban profundamente arraigadas en el concepto bolchevique de un Estado dirigido y controlado por un único partido, organizado a su vez según principios absolutistas y burocráticos. Estas causas se vieron agravadas, por supuesto, por las propias tradiciones burocráticas de Rusia.

se deterioraba mes tras mes. La ciudad siempre había dependido de los alimentos traídos de otras partes del país. Durante la Revolución, la economía rural estaba en crisis en muchas de estas regiones. El campo solo podía alimentar a la capital en muy pequeña medida. El estado catastrófico de los ferrocarriles empeoraba aún más las cosas. Los antagonismos cada vez mayores entre la ciudad y el campo creaban más dificultades en todas partes.

A estos factores, en parte inevitables, hay que añadir la degeneración burocrática de la administración y la rapaci-

dad de los órganos estatales encargados del abastecimiento alimentario. Su papel en la alimentación de la población fue, de hecho, negativo. Si la población de Petrogrado no murió de hambre durante este periodo, fue sobre todo gracias a su propia capacidad de adaptación e iniciativa. ¡Conseguía alimentos donde podía!

El trueque se practicaba a gran escala. Todavía quedaban algunos alimentos en el campo, a pesar de la menor superficie cultivada. Los campesinos intercambiaban estos productos por los bienes que les faltaban: botas, gasolina, sal, fósforos. La población de las ciudades intentaba conseguir estos productos por todos los medios. Solo ellos tenían valor real. Los llevaban al campo. A cambio, la gente traía de vuelta unos kilos de harina o papas. Como hemos mencionado antes, los pocos trenes, sin calefacción, iban abarrotados de hombres que llevaban sacos al hombro. Durante el trayecto, los trenes a menudo tenían que detenerse porque se quedaban sin combustible. Los pasajeros bajaban y cortaban leña para las calderas.

Los mercados habían sido oficialmente abolidos. Pero en casi todas las ciudades había mercados ilegales semitolerados, donde se practicaba el trueque. Estos mercados existían en Petrogrado. De repente, en el verano de 1920, Zinóviev promulgó un decreto que prohibía cualquier tipo de transacción comercial. Las pocas tiendas pequeñas que aún permanecían abiertas fueron cerradas y sus puertas selladas. Sin embargo, el aparato estatal no estaba en condiciones de abastecer a las ciudades. A partir de ese momento, la hambruna ya no pudo ser atenuada por la iniciativa de la población. Se volvió extrema. En enero de 1921, según la información publicada por Petrokommouna (los suministros estatales de la ciudad de Petrogrado), a los trabajadores

de las fábricas de fundición de metales se les asignaban raciones de 800 gramos de pan negro al día; a los trabajadores de choque de otras fábricas, 600 gramos; a los trabajadores con tarjetas A.V., 400 gramos; y al resto de trabajadores, 200 gramos. El pan negro era la dieta básica del pueblo ruso en aquella época.

Pero incluso estas raciones oficiales se distribuían. Es erróneo culpar al campesinado de la derrota de la Revolución y de su degeneración en un régimen burocrático. Sería demasiado fácil explicar todas las dificultades de Rusia por el carácter agrario de su economía. Algunas personas parecen decir al mismo tiempo que la revuelta de Kronstadt contra la burocracia fue una revuelta campesina y que la propia burocracia era de origen campesino. Con tal concepto del papel del campesinado, cabe preguntarse cómo se atrevieron los bolcheviques a defender la idea de la revolución socialista. ¿Cómo se atrevieron a luchar por ella en un país agrario?

Algunos afirman que los bolcheviques se permitieron tales acciones (como la represión de Kronstadt) con la esperanza de una próxima revolución mundial, de la que se consideraban la vanguardia. Pero ¿no habría sido una revolución en otro país influenciada por el espíritu de la Revolución Rusa? Cuando se considera la enorme autoridad moral de la Revolución Rusa en todo el mundo, cabe preguntarse si las desviaciones de esta Revolución no habrían acabado por dejar huella en otros países. Muchos hechos históricos permiten tal juicio. Se puede reconocer la imposibilidad de una auténtica construcción socialista en un solo país, pero tener dudas sobre si las deformaciones burocráticas del régimen bolchevique se habrían corregido con los vientos procedentes de las revoluciones en otros países.

La experiencia fascista en países como Alemania demuestra que una etapa avanzada de desarrollo capitalista es una garantía insuficiente contra el crecimiento de las tendencias absolutistas y autocráticas. Aunque este no es el lugar para explicar el fenómeno, debemos señalar la poderosa ola de autoritarismo procedente de países económicamente avanzados que amenaza con engullir las viejas ideas y tradiciones. Es incontestable que el bolchevismo está moralmente relacionado con esta mentalidad absolutista. De hecho, sentó un precedente para tendencias posteriores. Nadie puede estar seguro de que, si se hubiera producido otra revolución en otro lugar después de la de Rusia, el bolchevismo se hubiera democratizado. Podría haber vuelto a revelar sus rasgos absolutistas. ¿No existían peligros reales en el camino democrático? ¿No había motivos para temer las influencias reformistas en los soviets, si se hubiera dado rienda suelta a la democracia? Aceptamos que se trataba de un peligro real. Pero no era más peligroso que lo que inevitablemente siguió a la dictadura incontrolada de un solo partido, cuyo secretario general ya era Stalin.

Se nos dice que el país estaba al límite de sus fuerzas, que había perdido su capacidad de resistencia. Es cierto que el país estaba cansado de la guerra. Pero, por otro lado, estaba lleno de fuerzas constructivas, que buscaban ardientemente aprender y educarse. El final de la Guerra Civil vio una oleada de trabajadores y campesinos hacia las escuelas, las universidades obreras y los institutos de educación técnica. ¿No era este anhelo el mejor testimonio de la vitalidad y la resistencia de estas clases? En un país con un nivel muy alto de analfabetismo, esa educación podría haber ayudado enormemente a las masas trabajadoras en el ejercicio genuino del poder real.

Pero, por su propia esencia, una dictadura destruye las capacidades creativas de un pueblo. A pesar de los indudables intentos del Gobierno por educar a los trabajadores, la educación pronto se convirtió en un privilegio de los miembros del Partido leales a la facción dirigente. A partir de

1921, las facultades obreras y los centros de enseñanza superior fueron purgados de sus elementos más independientes. Este proceso se aceleró con el desarrollo de tendencias opositoras dentro del Partido. El intento de una verdadera educación de masas se vio cada vez más comprometido. El deseo de Lenin de que todo cocinero pudiera gobernar el Estado se hizo cada vez menos probable.

La conquista revolucionaria solo podía profundizarse mediante una verdadera participación de las masas. Cualquier intento de sustituir a esas masas por una «élite» solo podía ser profundamente reaccionario.

En 1921, la Revolución Rusa se encontraba en una encrucijada. La vía democrática o la dictatorial, esa era la cuestión. Al mezclar la democracia burguesa y la proletaria, los bolcheviques estaban, de hecho, condenando a ambas. Buscaban construir el socialismo desde arriba, mediante hábiles maniobras del Estado Mayor Revolucionario. Mientras esperaban una revolución mundial que no estaba a la vuelta de la esquina, construyeron una sociedad capitalista de Estado, en la que la clase obrera ya no tenía derecho a tomar las decisiones que más le concernían.

Lenin no fue el único en percibir que la rebelión de Kronstadt era un desafío a este plan. Tanto él como los bolcheviques eran plenamente conscientes de que lo que estaba en juego era el monopolio de su partido. Kronstadt podría haber abierto el camino a una auténtica democracia prole-

taria, incompatible con el monopolio del poder del partido. Por eso Lenin prefirió destruir Kronstadt. Eligió un camino innoble pero seguro: la calumnia de que Kronstadt estaba aliada con la burguesía y la contrarrevolución agraria. Cuando Kouzmin, comisario de la Flota del Báltico, declaró en la reunión de Kronstadt del 2 de marzo que los bolcheviques no entregarían el poder sin luchar, estaba diciendo la verdad. Lenin debió de reírse de este comisario que, obviamente, no entendía lo más básico de la moral y las tácticas bolcheviques. Política y moralmente, había que destruir al oponente, no discutir con él utilizando argumentos reales. Y destruir a sus oponentes revolucionarios es exactamente lo que hizo el gobierno bolchevique.

Los rebeldes de Kronstadt eran una masa gris y amorfa. Pero este tipo de masas a veces muestran un increíble nivel de conciencia política. Si entre ellos hubiera habido un número de hombres con una comprensión política «superior», es muy posible que la insurrección nunca hubiera tenido lugar, ya que esos hombres habrían comprendido, en primer lugar, que las demandas de los rebeldes estaban en flagrante conflicto con las políticas del Kremlin y, en segundo lugar, que, en ese momento concreto, el gobierno se sentía lo suficientemente fuerte como para reprimir, sin piedad ni misericordia, cualquier tendencia que se atreviera a oponerse seriamente a sus opiniones o planes.

Los hombres de Kronstadt eran sinceros, pero ingenuos. Creyendo en la justicia de su causa, no previeron las tácticas de sus oponentes. Esperaron la ayuda del resto del país, cuyas demandas sabían que estaban expresando. Perdieron de vista el hecho de que el resto del país ya se encontraba bajo el yugo de una dictadura que ya no permitía al pueblo la libre expresión de sus deseos y la libre elección de sus

instituciones.

La gran discusión ideológica y política entre «realistas» y «soñadores», entre «socialistas científicos» y la «volintsa revolucionaria», se libró con las armas en la mano. Terminó, en 1921, con la derrota política y militar de los «soñadores». Pero Stalin iba a demostrar al mundo entero que esta derrota era también la derrota del socialismo en más de una sexta parte de la superficie terrestre.

«Que los trabajadores de todo el mundo sepan que nosotros, los defensores del poder de los soviets, velaremos por los logros de la revolución social. Venceremos o pereceremos bajo las ruinas de Kronstadt, luchando por la causa justa de las masas trabajadoras. Los trabajadores de todo el mundo nos juzgarán. La sangre de los inocentes recaerá sobre las cabezas de los comunistas, salvajes locos ebrios de poder. ¡Viva el poder de los soviets!».

El Comité Revolucionario Provisional de Kronstadt

Notas al final

1 El Ejército Rojo fue la fuerza militar de la Rusia bolchevique y luego de la Unión Soviética, creado en 1918 para defender el régimen socialista y jugar un papel crucial en la guerra civil rusa y la Segunda Guerra Mundial.

2 La Cheka fue la primera organización de inteligencia política y militar de la Unión Soviética, creada el 20 de diciembre de 1917 por Félix Dzerzhinski. Su misión principal era suprimir y liquidar cualquier acto considerado contrarrevolucionario o desviacionista, utilizando amplios poderes y casi sin límites legales. La Cheka se convirtió en un símbolo del terror bolchevique y su legado perdura en el lenguaje colloquial en muchos países donde se implementaron movimientos comunistas o revolucionarios.

3 El Ejército Blanco fue una fuerza militar que luchó contra el Ejército Rojo durante la Revolución Rusa de 1917. Estaba compuesto principalmente por soldados y oficiales del ejército zarista, así como por otros grupos anticomunistas. Nacionalistas contrarrevolucionarias.